



DOS CEREBROS IGUALES

WALT G. DOVAN

Dos cerebros iguales

Dos cerebros iguales

por

Walt G. Dovan



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

FIDEL INTERNATIONAL
Representantes exclusivos
en los Estados Unidos de Norteamérica
Excepto Nueva York (Ciudad) N. Y.
Box 266
MALIBU, CALIFORNIA - U. S. A.

Depósito legal B. 93 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA — Pasaje de Núria, 8 — BARCELONA



CAPÍTULO PRIMERO



ANZY SCHANK no soñaba siquiera que aquel día pudiera ser el principio de la aventura más fantástica que podía sucederle a un hombre, como tampoco podía imaginar que el hombre fuera él, dado a una vida bastante muelle, bastante alegre, bastante disipada y otros bastantes, ya que Ranzy Schank, nacido en la Federación Alemana de la Unión Universal, no era tipo capaz de ser mediocre en nada.

Ingeniero, de treinta años, culto y lleno el cerebro de fórmulas científicas, olvidaba con demasiada frecuencia las preocupaciones de su profesión para penetrar, sonriente, en brazos del primer amor pasajero que se cruzara en su camino. Cuando esto no ocurría, y era rarísimo, dado el aspecto físico del joven, capaz de hacer palidecer de envidia al mismo Apolo, recurría al ardid de conquistarlas «de palabra», en lo que era un redomado artista... ¡Ranzy Schank no carecía de amores, y vivía para ellos! Pero no por eso dejaba de ser un talento electrónico y su trabajo era muy apreciado en el »Deutsche Wissenschaft Amt», o como decían otros, simplemente D. W. A., que venía a ser como el centro de las más altas investigaciones científicas del viejo mundo. Allí recibía Ranzy Schank el visado de trabajo —obligatorio hasta cinco horas diarias—, solamente por cooperar en uno de los más detonantes descubrimientos que los hombres de aquel año Galáctico de 2.536 habían podido aportar a la historia de la civilización humana.

Ranzy no fue precisamente el descubridor, aunque sí uno de los colaboradores más eficaces, y le valió un título «honoris causa» de todas las universidades del mundo, así como a todos sus compañeros del D.W.A.

berlinés, y verse repetidamente en las pantallas de la televisión...

Aquel día, tendido en su litera de suave esponja ambarina, bostezando voluptuosamente, todavía con el sabor de los labios de la dulce «fräulein» Suzy, más dormido que despierto, sintiendo gratamente la caricia de los rayos lumínicos sobre su cuerpo medio desnudo, se sorprendió a sí mismo recordando los honores recibidos en aquel trabajo que había robado más de una hora a los besos de cualquier mujer. Pero, Ranzy Schank estaba contento y quiso volverse a ver festejado de nuevo.

Se limitó a extender la mano, pulsó un botón y en la pared frontera a su lecho se encendió una pantalla.

«Éste es el más maravilloso descubrimiento de nuestro siglo: la televisión por medio de tres ondas concéntricas, que permite prescindir de cámaras receptoras, para poder contemplar en la pantalla visora todo cuanto ocurre en el universo entero, sin necesidad de instalar delante del objetivo una cámara tomavistas... Inventado por el "Deutsche Wissenschaft Amt", en colaboración con el Ingeniero Jefe de Investigaciones Interestelares de América... Vean a todos cuantos han colaborado en ello. En primer lugar a Otto von Richdergt» —la voz invisible siguió citando nombres y más nombres, a la vez que en la pantalla foto retardada de Ranzy aparecían rostros y más rostros sonrientes, unos con gafas y boca amplia, y otros, como el nipón Húmida, de ojos oblicuos y dientes agudos y salientes, hasta que apareció Ranzy Schank —«ayudante ingeniero del profesor Richdergt, una de las mayores promesas de la ciencia moderna»— para pasar rápidamente a otro individuo de la D. W. A., disipándose como si una mano invisible pasando sobre la sonriente fisonomía del joven le borrase despiadadamente del film...

Ranzy siguió contemplando con ojos entrevelados la pantalla, en la que se estaban reproduciendo los momentos más importantes del trabajo en que había tomado parte. Cuando apareció su pequeño laboratorio, situado en el último piso del D. W. A., y se reconoció a sí mismo, estudiando una pequeña pantalla de objetos movibles, sonrió e, inconscientemente, atisbó el rincón, donde aparecía Miria, una muchacha morena de ojos negros, cooperadora con él y con Richdergt y causa de repetidos fracasos en su tarea... ¡Y es que Miria era bellísima!

«...Herr Schenk accionando el determinador de las distancias visocéntricas, cuyas ondas, al cruzarse, irradian la visibilidad del contorno... —¡Madre, qué linda está Miria, pero es arisca, «como un soldado! —... que al cruzarse con las de otras estaciones, una instalada en el satélite 12-B, bajo la dirección de... —Ya no salgo más, pero Miria aparece con el «viejo»; la veré otra vez. ¡Es mejor que Suzy, y que Emma...!—... está dispuesta de modo que una estación central puede distribuir ondas en todos los planos de nuestro hemisferio del cero al ciento ochenta y desde éste a trescientos sesenta en el hemisferio austral. Ahora el profesor Otto von Richdergt hablará unas palabras...».

¡Allí estaba Miria otra vez, con una sonrisa profesional que él no

conocía...!

—¡Guapa, Miria! —no pudo evitar de decir.

«... agradezco mucho a todos mis colaboradores que tanto me han ayudado en este trabajo. Afortunadamente, hemos realizado una gran tarea; una tarea, por decir, en nombre de ellos, gigante...».

Un zumbido apagado indicó a Ranzy que desde alguna parte del inmenso mundo, algún ingrato admirador pretendía manifestarle por enésima vez su simpatía. Así lo había comprobado durante los últimos días, en los que su fonovisor no había dejado de funcionar: «¿Puedo confiar en un autógrafo, Herr Schenk?». «¿Cree usted que puedo ver con el D-3C lo que está ocurriendo ahora en la Nebulosa de Berenice?». «¡Si nos permite poner su nombre en unos sobres de píldoras le ofrecemos un autobólido atómico último modelo...!». «¡Te quiero, Ranzy, qué inteligente eres! De haberlo sabido antes no te habría hecho esperar tanto aquel día. Yo estaba...» —Ranzy, molesto con la americanista Betsy, cortó enojado. Pero las llamadas se sucedían como una obsesión. Se había hastiado pronto de aquella celebridad y, huyendo de tanto ruido, pidió permiso por un mes, que le fue concedido, enterrándose hasta el cuello en una playa de Bretaña. Pero también allí, aunque con menos intensidad, le alcanzó la oleada de su prestigio.

Ahora sentía cierta nostalgia y quería ver de nuevo publicidad de su trabajo... Pero el zumbador seguía molestándole con insistencia.

—¡Vaya usted a paseo, señor mío! —rezongó. Pulsó el timbre y la pantalla fotorretardada desapareció de sus ojos, dejando la habitación sumergida en un agradable silencio.

De nuevo vibró el zumbador del fonovisor y Ranzy rechinó los dientes de rabia. Encorajinado, saltó de la litera, cogió de la repisa la clámide roja, especie de batín que cubría su robusta constitución, y salió de la alcoba, dando un portazo con el batiente de cristal artificial.

El «hall» estaba en orden y la puerta de la terraza entreabierta, dejando penetrar una acariciante ráfaga de aire puro. Sobre la mesita de un solo pie, el fonovisor seguía relampagueando con su intermitente lucecita roja. Ranzy se acercó al aparato, iracundo, dispuesto a descargar sobre él su enojo, pero pensó que tal vez Miria habría dejado a aquel esmirriado novio polaco que tenía y le llamaba para invitarle a pasear en lancha por el lago. Ranzy sonrió y pulsó el botoncito negro que había a un lado de la pantalla.

Ésta se iluminó al momento y un semblante raro y desconocido apareció en ella, algo verdoso, porque el fonovisor de Ranzy, como todos los aparatos electrónicos de cualquier ingeniero electrónico del Universo, no funcionaba del todo bien.

—¡Buenos días, Herr Schenk! Me llamo Yhashada-Ioda y le hablo desde Calcuta... Lamento muchísimo molestarle a estas horas... Ya veo que estaba usted dedicado al descanso, pero...

—No se preocupe, señor Yhashada —contestó Ranzy, disimulando un

gesto de desagrado y tomando asiento en el reclinable—, precisamente acababa de despertar... ¿A qué debo el honor de...?

—Verá. Me interesaría muchísimo hablar personalmente con usted. Quiero que me conceda una entrevista —repuso sonriendo el otro, reflejado en la pantalla, con el dedo índice sobre los labios.

—Señor Yhashada, mi tiempo es precioso —mintió Ranzy para librarse de aquella enojosa conferencia—. Le ruego que abrevie, y si no puede anticiparme el motivo de su interés por mí, déjelo correr. Tengo mucho trabajo.

El rostro del hindú reflejado en la pantalla del fonovisor disimuló un gesto de contrariedad. Era un hombre arrugado y viejo, de cabellos blancos, que no resultaba del todo desagradable, pero a Ranzy le hubiese gustado mucho más ver a Miria reflejada en el cristal.

—Quiero que colabore usted conmigo en un experimento que estoy realizando...

—¿Un experimento...? ¿Y por qué su dirige usted a mí?

—Ha sido por recomendación del profesor Otto vea Richdergt, gran amigo mío...

El desagrado de Ranzy se eclipsó con aquella aclaración, dado el profundo respeto que sentía por su jefe, de quien dependía directamente y si aquel hindú era amigo suyo, Ranzy no podía, moralmente, desatenderla... No en balde conocía el endiablado genio de su jefe.

—¡Ah, señor Yhashada, usted perdone! Si el «viejo...», digo, perdón, el señor Richdergt le ha hablado de mí, disponga para lo que necesite. ¡Pues no faltaría más, estimadísimo señor Yhashada; usted me manda!

Sonrió el rostro hindú amistosamente, inclinando la blanca cabeza, y a través de los gruesos cristales de sus gafas unos ojos pequeños y escrutadores se posaron en los de Ranzy.

—Soy psiquiatra, Herr Schenk; y estoy trabajando en algo sumamente interesantísimo... ¿conoce usted la teoría de la extinción de la capacidad mental?

—Sí, señor; y estoy de acuerdo con ella. Lo he podido comprobar en mí, cuando he agotado toda mi materia gris en algún trabajo —Ranzy sonrió cínicamente, pensando en Suzy, la de la cimbreante figura.

«Extinción de la capacidad mental», teoría de Gunter, (2.314-2.425) Capítulo LV. Universidad de Berlín... Daia Macpher, veintiséis años, labios rojos, ojos azules... ¿Capacidad mental? ¡Ah, sí; una majadería estúpida creída por cuatro cretinos; los tantos por ciento del desarrollo cerebral! ¡Bah, bobadas...! Pero era amigo del viejo y no podía desairarle—. Me tiene muy preocupado esa teoría... ¡Muy interesante, muy interesante, señor Yhashada-Ioda! ¿Se ocupa usted en estas cosas?

El anciano sonrió con simpatía y dijo:

—¡Es usted muy gracioso, Ranzy Schank! Hizo bien el profesor Richdergt en hablarme de usted; se ve que le conoce a fondo... ¿Quién es Daia Macpher?

Ranzy dio un respingo. ¡Demonios... aquel tipo leía el pensamiento! ¡Tate, Ranzy, ponte en guardia, o te «lían»!

—Verá, usted, yo... pues yo... Daia Macpher... ¡Ah, sí! ¿La conoce usted también?

El hindú volvió a sonreír, esta vez más ampliamente y contestó:

—No se esfuerce, Herr Schenk; soy telépata.

Ranzy lanzó un suspiro y se dejó caer inerte sobre su asiento reclinable, con una expresión de conejo acorralado en el rostro. «¡Dios mío, vaya un tipo! —pensó—. No te queda más remedio que cerrar el conmutador y se acabó la fiesta... ¡Eh, alto, que te escucha, cuenta hasta cien y no se enterará de nada! ¡El viejo...! No, no miedo, parece que me domina... Uno, dos, tres, cuatro... ¿Qué quiere?».

Y en su mente la respuesta nítida, precisa:

«Déjese de tonterías, Herr Schenk; estoy hablando en serio».

—Dígame, pues —dijo en voz alta.

—¿Cuándo puedo hablar con usted personalmente? Lo antes posible, ¿entiende? Veo que es usted amigo de amoríos, Ranzy Schenk... ¿No le gustan las muchachas hindúes?

—¡Eh...! Sí... ¡Digo, no, perdón! ¡Cuando quiera, cuando quiera...!

—Soy muy viejo para viajes rápidos, Herr. ¿Por qué no viene usted a Calcuta? Un autobólido le pondrá aquí en dos horas, hágame este favor y le presentaré a una muchacha que le gustará. ¡Muy simpática, de veras, Herr Schenk!

Ranzy asintió débilmente y se despidió.

Cuando aquel rostro simpático, pero extraño, desapareció del fonovisor, muy preocupado, mucho, Ranzy se dirigió a su alcoba a vestirse. Iba pensando en tantas cosas, que no podía coordinar ninguna y su mente era un caos de encontradas confusiones. Como un autómata, se ciñó los zapatos sandalias de flexo irrompibles, muy livianas, y el «short« de calle. Cubriéndose el pecho con la sahariana verde perforada para traspirar mejor, pulsó el botón que cerraba el armario. Al instante, la habitación se convirtió en una estancia completamente vacía, desapareciendo todo el mobiliario al empotrarse en sus nichos. Salió.

En la puerta del vestíbulo, junto al ascensor neumático, cuya mirilla de luz blanca le anunció que estaba libre, se detuvo. Titubeó un momento, y de una caja que había sobre la mesita cogió una fresa, llevándosela a la boca, distraídamente... Aquellas fresas las traía Suzy y tenían un grato sabor... Yhashada-Ioda, telépata-psiquiatra... ¡Maldita sea la peste negra! ¡No sé por qué no tendría que regresar al mundo aquel gigante de Gogol y desencadenar otra hecatombe...!

«¡Repórtese, Herr Schenk, no está bien hablar de los ausentes!».

Ranzy quedó frío y tembloroso. Aquellas palabras parecían haber sonado en sus oídos, repicándole el cerebro con el suave acento de la voz de Yhashada, el telépata hindú. Ahora se convenció que el otro le trasmitía el pensamiento y, al mismo tiempo, sus radiaciones mentales llegaban hasta él, delatándole claramente.

—Perdón —logró balbucir apresuradamente.

Se metió en el ascensor y bajó rápidamente a la calle, donde, tras reflexionar detenidamente, se rió a grandes carcajadas, como un loco. La gente que paseaba por la blanca avenida, cerca de él, le miraron de un modo raro. Una muchacha de pelo rubio, muy corto, sonrió con picardía.

—Hola, simpática —se acercó a ella rápidamente—. Soy un imbecilito, ¿sabe? y por eso me río... ¿Pues no creía que a catorce mil millas de aquí podía alguien leerme el pensamiento?

La muchacha rubia se detuvo, le miró fijamente, y abriendo mucho los ojos se llevó el dedo índice a la frente, a un antiguo y significativo gesto, que venía a decir: «¡Está usted “chalado”!».

Luego se alejó rápidamente, dejando a Ranzy plantado en medio de la calle. Él sonrió despectivamente y se acercó a una cabina pública del fonovisor. Penetró en ella, cerró la puerta y, pulsando un timbre, transformó los transparentes cristales en otro oscuro, que impedían ver desde fuera. Puso el fonovisor en marcha y pidió:

—A-24-Z, con Richdergt.

Se oyó un chasquido y se hizo el contacto, iluminándose la pequeña pantalla, algo rayada por el constante uso. La imagen de una mujer apareció en ella.

—¡Hola Ranzy! ¿Cómo estás? —preguntó sonriendo la mujer, una morena bien formada y de rostro agradable.

—Bien, Frau Richdergt. ¿Dónde está el viejo?

—¡Ranzy! —amonestó ella—. No llames viejo a Otto. Sabes que no le gusta. ¡Además, papá Otto no es tan viejo...!

—¡Ja, ja, profesora! Me riñes por decir viejo a tu marido y tú le llamas papá. ¡Si te oye, te reñirá...!

—Bueno, Ranzy, déjate de bobadas. Está desayunando. ¿Quieres hablar con él? —terminó la mujer, sonriendo.

—Sí, pásame el aviso —Ranzy lanzó un beso a la pantalla con la yema de los dedos, en el momento que la sonrisa de la esposa del profesor Richdergt desaparecía esfumada en el cristal.

Aún se escuchó:

—Qué pesado eres, Ranzy!

Luego se hizo la luz otra vez y apareció el rostro rojizo de su jefe, mirándole con expresión severa. Estaba comiendo y sus mandíbulas

funcionaban con un rigor casi científico.

—¿Qué hay, mozo? —habló inarticuladamente Richdergt.

—Buenos días, profesor. He visto a Silvia y la encuentro cada día más hermosa: hágame el favor de insinuárselo a la menor ocasión.

La cara del profesor se puso más roja de su habitual color, y por un momento miró a Ranzy con ojos muy abiertos. Su mano quedó entre el cristal del fonovisor y la boca, pretendiendo articular algo. Luego, deglutido cuanto tenía en la cavidad bucal, con la premura de un gallo, habló:

—¡Ran... Ranzy, no te metas con Silvia! ¡Es mi esposa! ¿Sabes?

—Sí, profesor, ¡pero es linda, diablos! —éste era el procedimiento que acostumbraba a emplear Ranzy Schank para ganarse la simpatía de su jefe: halagándole la vanidad. Otto von Richdergt estaba casado en cuartas nupcias y era un hombre destinado a ser feliz con cualquier mujer, pero a Silvia la quería con amor senil, porque Otto tenía ochenta años y Silvia sólo treinta y seis—. Bueno, jefe, a lo que voy —habló con seriedad—; me ha llamado un psiquiatra de Calcuta...

—¿Yhashada-Ioda? Le hablé de ti, ¿sabes?

—¡Ah, bueno, pensé que...! ¿Y qué quiere de mí ese buen señor?

—¿No te lo ha dicho él? —interrogó Richdergt.

—No, solamente ha hablado un poco acerca de la extinción de la capacidad mental.

—Algo de eso hay. El caso es que él pretende echar por tierra esta teoría con otra más revolucionaria.

—¡Hombre, me gusta! Porque eso de la extinción de la capacidad me ha sido antipático siempre. Fue Gunter quien la planteó, ¿no, profesor?

—Sí, el inglés Gunter, hace un siglo.

—Pues para acabar con esa majadería estoy dispuesto a ayudar a Yhashada-Ioda ahora mismo. Me voy a Calcuta...

—Espera, Ranzy, no seas impulsivo. Déjame primero que te explique —el rostro del profesor Otto von Richdergt se aproximó más a la pantalla receptora y Ranzy vio sus facciones más amplias dentro del pequeño aparato público donde estaba observando—. Yhashada es amigo mío hace muchos años y conozco bien sus trabajos psicomentales. Pero no olvides que Gunter tenía razón. El cerebro está agotándose, y dentro de mil años, a más tardar, la evolución mental empezará a degenerar, e incluso es posible que volvamos a la edad de piedra. ¡Sólo Dios lo sabe! Esto es, precisamente, lo que está investigando mi amigo Yhashada-Ioda, el más eminente biólogo-psiquiatra de nuestros tiempos.

—¡Rayos, profesor! Entonces, el majadero de Gunter tenía razón... Yo lo creo, si usted me lo dice.

—Sí, la tenía. Predijo que en cien millones de años de evolución orgánica, el hombre desarrollaría su capacidad total cerebral y no podría pasar de ahí...

—No lo entiendo. ¿Qué hace, pues, Yhashada? ¿No dice que quiere tirar por tierra esto, para lo cual me necesita a mí?

—Exacto. Pero Gunter tenía razón. Lo que intenta mi amigo es sólo darle mayor capacidad al cerebro. Algo así como el doble —repuso sencillamente Richdergt, pasándose la mano por los cabellos.

Schank meditó un segundo.

—¿Cómo? ¿Haciéndome servir de cobaya? —exclamó Ranzy.

El profesor dudó al contestar:

—Algo así, pero será por tu bien, te lo aseguro. Si Yhashada tiene razón y demuestra lo que viene estudiando hace cincuenta años, amigo Ranzy, te hará el favor más grande de tu vida. Si por el contrario, fracasa, no se ha perdido nada. Seguimos igual. Y una vez hayamos muerto, ¿qué nos importa a nosotros si Gunter tenía razón y nuestros descendientes se convierten en unos salvajes? No temas, Ranzy; mientras tú has estado bañándote en la Bretaña, descansando del ajetreo del asunto nuestro, Yhashada vino a verme. Le mostré el 3 D (O. D), y me aseguró que éste era el eslabón que necesitaba para demostrar su teoría. Luego me la expuso detenidamente, mostrándome estadísticas de fichas de su trabajo, algo maravilloso, que sólo Yhashada puede realizar.

Richdergt hizo una pausa.

—¿Para rebatir a Gunter? —insistió Ranzy para concretar aquel punto.

—Para rebatirlo y para darle la razón —continuó imperturbable Richdergt —. Mira, para que vayas pensando por el camino. Si Yhashada demuestra su teoría, no será desprestigiando a Gunter; se basará en los trabajos de éste, que descubrió un procedimiento para prolongar la capacidad mental de las personas. Escucha y verás la fórmula: un hombre levanta un peso de un kilo a la altura de un metro y ha desarrollado un kilográmetro de fuerza. Por lo tanto, si este esfuerzo le ocasiona un desgaste de una unidad de trabajo, esta energía ha sido consumida por él. Ahora bien, en el mismo trabajo efectuado por dos hombres a la vez, ¿cuál es el trabajo y cuál el desgaste? Sencillamente, medio kilográmetro. La cosa está clara ¿verdad? ¿Lo entiendes?

—No —dijo Ranzy secamente—. ¿Qué tiene que ver el trabajo con el cerebro?

Richdergt dijo:

—Aplica el símil: dos cerebros piensan más que uno solo.

Ranzy sonrió.

—Pues haga usted que dos personas piensen lo mismo y se ayuden mentalmente, que yo no me veo capaz de conseguirlo, profesor.

El profesor se extrañó.

—¿Qué no, dices? Mi amigo Yhashada dice que sí, y te hemos elegido a ti para demostrar la nueva teoría de los «cerebros gemelos».

Ranzy quedó con la boca abierta durante un buen rato, mirando con ojos

desorbitados la pequeña pantalla fonovisora, sin poder articular palabra. Otto von Richdergt sonreía bonachonamente. Luego, el profesor desapareció de ella para dejar su puesto a su esposa Silvia, la cual, sonriendo cómicamente, sacó la lengua a Ranzy y exclamó:

—¡Cú-cú, Ranzy!

—¡No te burles, Silvia!

—No me burlo, Ranzy; sólo me río.

—¿Por qué, fea?

—Porque, por una vez, te veo desconcertado. ¡Adiós!

Se oyó un clic metálico y Silvia desapareció también, quedando el fonovisor a oscuras. Ranzy continuó un buen rato dentro de la cabina como atontado, hasta que la llamada de alguien sobre el cristal de la puerta le advirtió que deseaban utilizar el aparato.

Salió como un sonámbulo, tropezando con una mujer gruesa que, airada, le espetó algo ininteligible. Ranzy, como a través de una densa bruma, sólo notó en ella el apretado corpiño de aceroglas perforado, en cuyos orificios se formaban unas bolitas de carne que pretendían escapar de aquel voluminoso cuerpo.

—¿No ve usted por dónde anda? —gritó la mujer.

CAPÍTULO II



ARCHABAN hacia una colina plateada, como siempre habían hecho durante tantos años, tanto tiempo... como un rebaño de animales, armados de enormes garrotes al hombro, pesados talegos de piel maloliente llenos de piedras afiladas, de cristal de roca aristado que segaba la piel de su receptáculo. Eran unos cien, entre hombres, mujeres y niños, que arrastraban sus rostros

desencajados por el suelo, lacerados, heridos e infectados muchos de ellos, despidiendo un olor nauseabundo.

El suelo que pisaban sus pies desnudos era arenoso, tierra rojiza y sedimento de lluvias; el cielo era verde, verde como la esmeralda de día y rojo de noche; rojo como la sangre y el fuego.

A la cabeza de la tribu iba Thonyo, el fiero, de afilados y largos dientes, cubiertos con la piel afelpada de un «sixen» (animal mamífero) muerto a pedradas por los cazadores de la tribu «taya». «Tayas» eran todos, desde Thonyo, el jefe brutal, a la más insignificante criatura de la manada, y «taya» era también ella, aquella muchacha que hacía unos días se miraba en la límpida pureza de un estanque, viéndose los ojos grandes, profundos, negros como un piélago de misterio, y el pelo rojizo como el dios gigante de la noche, que todos temían e imploraban.

Se llamaba Thydiaya y era hija del robusto Thydio, enemigo de Thonyo, por quien había sido vencido muchas veces. La misión de las mujeres en la tribu de Thonyo era preparar las comidas que los hombres traían y cuidar de sus hijos. Cuando llegaban a viejas, el jefe las dejaba abandonadas en el camino, donde los grandes cuervos de aterrador graznido las devoraban, llevando sus espíritus hacia el gran dios blanco del día, o, si habían sido falsas o estériles, cosa esta última rarísima en los «tayas», raza fuerte y aguerrida, los cuervos las llevaban hacia el gran dios rojo de la noche, donde padecerían la angustia eterna de su infecundidad o falsía.

Aquel día, caminando hacia la colina plateada, envueltos en luz de colores, arenoso el suelo, Thonyo se detuvo y los guerreros le imitaron. Después, la tribu entera hizo lo mismo. Los ojos bestiales del jefe miraban la colina, a gran distancia, pero no pasó desapercibido para él algo que se movía por aquella blanca superficie, como una hilera de diminutos pigmeos.

Su voz gutural se elevó sobre los fuertes aullidos de su gente.

Los «tayas» no tenían lenguaje alguno, pero sus rudimentos verbales por medio de gruñidos eran interpretados en su debida forma por todos cuantos formaban la tribu. Eran inarticulados, sin forma ni sentido, excepto para ellos, semejantes a los gruñidos de los animales. Con ellos se daban órdenes y se cumplían las necesidades más elementales.

—¡Enemigo! —fue lo que dijo Thonyo, traducido a nuestra gramática.

La tribu entera se aprestó a la lucha. Los sacos de piedra afiladas fueron abiertos, las trancas enarboladas, sus feroces portadores se situaron formando una fila de enhiestos garrotes, elevados por encima de sus cabezas de enmarañados cabellos lacios y las mujeres y los niños, débiles para la pelea, arrinconados unos con otros, para ser capturados por los vencedores en caso de sucumbir los suyos, o para lanzarse sobre el botín de los vencidos si eran los otros, porque el luchador que obtenía la victoria se dedicaba a la danza después del triunfo, mientras los viejos y las mujeres recogían todo cuanto la tribu vencida poseía, para añadirlo a la suya, incrementando el número de

mujeres.

Pasó el tiempo, y los puntos que descendían por la colina plateada fueron haciéndose mayores hasta que estuvieron a menos de media milla. Entonces se dieron cuenta que se trataba de hombres verdes de ojos saltones, cubiertos de escamas brillantes y provistos de un gran rabo. En la espalda llevaban una erizada espina que les recorría en disminución desde la cresta hasta el nacimiento del rabo, y a ambos lados los órganos atrofiados de unas aletas articuladas, que se movían al encogerse para brincar como saltamontes.

Thydiaya miró hacia ellos a través de la barrera de hombres armados de piedras afiladas y de la otra delantera con garrotes, viendo con temor que el número de los hombres verdes era cuantioso. La muchacha sabía que eran bestias muy feroces, del tamaño de un hombre normal, andaban con un solo pie y sus extremidades defensivas estaban guarnecidas de afiladas uñas que cortaban como cuchillos. Ya en otras ocasiones habían luchado contra ellos y la pelea había sido cruenta.

Esta vez, se dijo Thydiaya, la tribu «taya» sería derrotada, porque los hombres verdes eran diez veces más, aunque...

El aullido de Thonyo se elevó sobre el griterío ensordecedor que lanzaron de pronto aquellos seres horripilantes. Thydiaya cerró los ojos y se abrazó a una chiquilla que tenía a su lado. Chillaron las mujeres y a los gritos de dolor de los combatientes se unió el griterío de los hombres verdes, que arremetían en grandes oleadas contra los revoloteantes garrotes.

Los «tayas» hicieron cuantiosas bajas en su primera arremetida, lanzando cuerpos por el suelo que al ser heridos despedían un líquido verdoso por sus heridas. Pero los atacantes, redoblando su furia, les acosaban por todas partes. Muchos de aquellos fantásticos animales-hombres —no hay forma de calificarlos—, lograron atravesar la barrera de garrotes para enfrentarse con los que empuñaban las afiladas piedras, y en la lucha cuerpo a cuerpo las armas de los «tayas» abrían profundas brechas en sus cuerpos.

Pero el número de hombres verdes crecía y los guerreros de Thonyo iban cayendo, abrumados por el número. Y era horroroso ver que cuando caía un «taya», sus enemigos se lanzaban sobre él y empezaba a devorarlo despiadadamente con sus afilados dientes, succionando su sangre aún caliente, desgarrando sus tendones y arrancándole la carne a bocados. No esperaban siquiera a que hubiera terminado el combate sino que, como lobos, se lanzaban sobre el primer caído, disputándose su cuerpo aún palpitante.

Por fin, la primera fila mandada por Thonyo fue rebasada por los hombres verdes, no sin que buen número de ellos quedaran muertos en el suelo, y el propio Thonyo, abriéndose paso a garrotazos propinados ferozmente a diestro y siniestro, logró avanzar entre sus enemigos para terminar cayendo atenazado por las uñas de aquellos seres-bestias, que lo devoraron en un santiamén.

Los hombres armados de piedras afiladas y pedazos de cristal resistían bravamente, pero bien claro se veía que los hombres verdes darían pronto

buena cuenta de ellos.

Thydiaya sintió otra vez el extraño hormigueo en su cabeza, que le obligó a abrir los ojos, contemplando con ojos desorbitados las monstruosidades que los atacantes estaban cometiendo con su tribu.

Hacía unos días que sentía un terrible dolor en la cabeza. No sabía lo que era, pues apenas podía pensar, y mucho menos razonar, dado su estado mental primitivo; pero como no hablaba con los demás seres de la tribu, tampoco sabía si este fenómeno les ocurría también a ellos. La realidad era que algo se estaba formando en ella, que parecía decirle cosas ignoradas. ¿Era una vocecilla? No lo sabía, porque ignoraba qué era una voz, ni sabía lo que tenía dentro de la cabeza, aunque muchas veces había visto a algún «taya» caer con ella abierta, como lo estaba viendo ahora: devorados por los hombres verdes, cabeza y todo.

Y algo surgió de esta especie de inquieto desasosiego, porque inconscientemente, como obedeciendo a un imperioso mandato, se levantó, soltando a la niña a la que se había abrazado. En aquel momento, el último guerrero «taya» caía abrumado por el número de sus atacantes, y un compacto grupo de hombres verdes se dirigía dando saltos hacia las indefensas mujeres y viejos.

—¡Huye! —ordenaba imperiosa la voz de su cerebro—. ¡Corre, vuela, maldita sea mi estampa provinciana! ¡Corre o te dejo que te coman esos sapos con alas!

Thydiaya no sabía qué era huir, pero su reflejo funcionó perfectamente, y aunque turbada y confusa por la nefasta sensación de su mente aletargada, sus piernas, ágiles, libres y desenvueltas, sin trabas de ninguna especie, se agitaron y la muchacha corrió como no lo había hecho en su vida, alejándose de los horripilantes hombres verdes.

Lo que corrió por el arenal ni ella misma lo pudo decir.

* * *

Estaba sola, sentada en una piedra, mirando al suelo. Era de noche y arriba, como colgada del firmamento, la gran luna roja se movía lentamente caminando en la noche. Thydiaya miraba su sombra, contemplaba su pelo revuelto reflejarse en el suelo.

Ante ella estaba el llano; allá lejos habían muerto los suyos, devorados por aquellos hombres verdes y saltarines, comedores de hombres. A su espalda había un bosque de enrevesados ramajes y junto a él, rodeándolo en un gran semicírculo, un lago de agua hirviente y burbujeante del que ascendía hacia el cielo una columna de humo gris-azulado.

Se estrujó las sienes con las manos, angustiada, enloquecida. Hacía rato que sentía hormiguear su cerebro, tenía hambre y se sentía tan sola y abandonada, que por un momento quiso morir.

Pero la voz interior seguía acosándola, forzándola, diciéndole que tenía

que comer, que tenía que descansar, que tenía que hacer muchas cosas que ella no entendía.

—¡Anda, tírate ahí, dentro de ese lago! —le decía la voz—. ¡Si lo haces te juro que esta noche me corro la juerga más linda de mi vida! Pero ¿es que no sabes que la tierra tiene vitaminas? ¡Come arena, o bebe agua, que también quita el hambre! ¡Maldita sea mi perra suerte! Anda, levántate y sigue andando, Thydiaya; ¿ves que pronto he aprendido yo tu nombre? Pero ¡levántate, muchachaaaa!

Este último estallido de su cerebro fue definitivo y Thydiaya se levantó vivamente, echando a andar a lo largo de la ribera del estanque humeante, mirando temerosa en todas direcciones. Oprimía con su mano su perlado cuello, con insólito temblor de sus relajados músculos. Las nubecitas que brotaban del estanque flotaban en el aire, para ser arrastradas hacia el bosque, al otro lado de las aguas, donde parecían ser succionadas por miles de pechos ávidos de aquel aire gris-azul.

Un crótalo curvilíneo se arrastró a los pies de Thydiaya y unos ojillos magnéticos se clavaron en los de ella, mirándola fijamente. Ajena por completo a todo cuanto la rodeaba, como aletargada, revuelta la mente, no se dio cuenta de la presencia del reptil hasta que el sólido anillo viviente se enroscó violentamente en su pierna desnuda. Gritó de terror y se debatió apresuradamente, pero el animal tendía con precipitación vueltas y más vueltas de férrea tenaza.

—Y ahora, ¿qué? ¡Pero cógele la cabeza y retírala, ¿no ves que si te muerde te inyectará el veneno? ¡La cabeza, cógela con la mano y mantenía apartada de ti para que no pueda morder! ¡Así...! Vaya, no eres tan tonta como yo creía, Thydy; no temas por la presión; en cuanto la aplastes la cabeza con una piedra en el suelo, se desenroscará...

La muchacha, desorbitados los ojos, debatiéndose con saltos violentos, se agitaba pretendiendo desprenderse de la tenaza que el crótalo ejercía en su extremidad derecha, amenazando con extenderse a todo el cuerpo. Aquel nuevo instinto que germinaba en ella, hablándole con voz enérgica, habíale aconsejado atenazar la cabeza que ahora se debatía entre los apretados dedos de su mano, pero el miedo y el terror que sentía no había nadie, visible o invisible, que fuera capaz de disipárselo. No obstante, cayendo de rodillas y sintiendo fuertes coletazos en la otra pierna libre de los anillos, a la suave luz rojiza del cielo, tomó una aristada piedra con la mano izquierda y golpeó la boca silbante del animal, cuyos ojos chispeantes parecían despedir brillantes destellos. Una lengüecilla vibraba entre los afilados dientes, extendiéndose hacia la muñeca de Thydiaya, pero cuando la apoyó en el suelo, con la siniestra descargó un fuerte golpe entre los ojillos, seguidos de varios otros, sintiendo correr un líquido caliente entre sus dedos. También sintió que el garfio de los anillos se crispaba en su pierna, haciéndola rodar por el suelo. Luego se aflojó la presión en su pierna y pudo, de un tirón fuerte, desasirse.

Se incorporó velozmente, sintiendo correr el sudor en su frente, propio del miedo, y miró los últimos estertores del animal a sus pies, como hipnotizada por aquella cabeza aplastada, convertida en gelatinosa pulpa verde-rojiza. Era larga, y el grosor de su cuerpo tendría aproximadamente el de su fino tobillo, que contempló ahora amoratado por la presión.

—¿Ves qué fácil, nenita? Te mereces un beso... ¡Cómo te quiero! Anda, cógela y échala a ese estanque. Tengo deseos de saber qué clase de agua es esa, que hierve como el sodiuro líquido...

Acuciada por aquella curiosidad de su cerebro, mirando el crótalo y el agua burbujeante de una fuerte tonalidad gris-rojiza, se acercó al ribazo, arrodillándose al borde mismo del agua. Un olor picante le abofeteó la nariz y estuvo a punto de meter la mano dentro del agua...

—¡Alto, «tollkühn fräulein», que es un ácido corrosivo!

Al imperativo mandato de su mente, siempre confusa y en estado inconsciente, la muchacha se quedó con la mano a pocos centímetros del líquido, que durante siglos había estado extendiéndose, arrebatando a la corteza del suelo su composición sólida, disolviéndola.

Thydiaya se levantó y cogió el cuerpo del reptil muerto, arrastrándolo hasta el borde del estanque. Sumergió con repugnancia parte de su cuerpo y al instante sintió penetrar en su olfato un hedor insoportable. Se echó vivamente atrás, viendo horrorizada que la parte del reptil que había sumergido en el agua había desaparecido y una burbuja humeante brotaba de la superficie antes tranquila del agua.

—¿Ves cómo tengo razón? Aprende la lección para otra vez... ¡Cualquiera se descalza, por muy galante que sea, para hacer cruzar a su dama un riachuelo como ése, caramba! Aléjate de ahí ahora mismo.

Thydiaya no se hizo repetir la orden, arrojando el resto del reptil muerto al agua y huyendo sin detenerse a contemplar los efectos. A buen paso, envuelta en la tenue sombra rojiza de la noche, caminó hacia la elevación arbórea, por un llano arenoso.

Frente a ella, la sombra oscura, de un verde borroso, mezclado de irisaciones rutilantes, como de miles de estrellas a ras de suelo, formaba un muro vegetal que se extendía en declive hasta detenerse ante unos grandes peñascos rojos como el astro malo de la noche, cuyas cúspides estaban envueltas en halos de blancas nubes estáticas.

Se sentía cansada, hambrienta y su instinto le pedía alimentos, sin determinar en qué consistía esta necesidad.

—No me fío una punta de cigarrillo de todo cuanto te rodea, Thydy. Tú misma sabrás lo que más te conviene comer... ¡Comer y dormir es bueno, sobre todo si sabes qué comer y dónde dormir! Para dormir en cualquier parte, hay que tener seguridad de que al día siguiente podrás despertar...

Thydiaya, angustiada, se llevó las manos a la cabeza y miró recelosa en derredor. Su mirada de animal asustado recorrió la vasta soledad que la

rodeaba y por primera vez se dio cuenta que era un ser social. Necesitaba compañía, gente en quien protegerse, con quien sentirse unida por algún lazo. Echó de menos la tribu que le proporcionaba el alimento diario, aunque la razón de su existencia fuera absurda, sin motivo, dedicada a caminar siempre con el oído atento a defenderse. Lo sintió en algo que tenía dentro de ella, pero no se lo decía la voz misteriosa que desde hacía unos días germinaba en su mente. Ahora mismo le hablaba de otra cosa:

—Atiende, Thydy; no puedo explicártelo todo en un día, ni siquiera en un mes. Tampoco veo todo lo que está sucediendo a tu alrededor. Habitas un mundo extraño para mí. Lo mejor que puedes hacer es dormir, y yo velaré por ti... Sí, ahí mismo, ¡qué más da! Aunque reviente aquí aconsejándote, durante tu sueño haré penetrar en tu mente el conocimiento de la supervivencia individual y espero que, con un poco de suerte, mañana sabrás guiarte por ti misma y podré dedicarme a correr como un gamo a la taberna más cercana a emborracharme como un villano... ¡Estoy hasta la coronilla de educar niñas primitivas!

Un pequeño cráter en el suelo sirvió a Thydiaya de refugio. Se acurrucó, ocultando la cabeza entre las rodillas, cogiéndose las manos sobre estas y estuvo unos momentos quieta, expectante, mirando en derredor. Algo imperioso clamaba en su estómago, rogando alimentos. Se pasó la mano por el pelo lacio, echándoselo hacia atrás. Sintió un hormigueo por la pierna y de un manotazo aplastó un bichito que ascendía por ella. Luego se dio cuenta que se había metido en un hormiguero de pequeños animalitos negruzcos, parecido a los arácnidos. En un momento se vio rodeada de ellos, corriéndole por manos y piernas. Algunos penetraban bajo la piel de «sixen» que cubría su cuerpo.

Molesta, aplastó cuantos bichitos de aquellos pudo y se incorporó:

—Ni en el otro mundo se puede estar tranquilo —musitó la voz de su cerebro con tono de cansancio—; sigue y déjales, son capaces de devorarte... ¡Si aquello no es un árbol decente, que me corten las orejas! Vete a él y encarámate... Después de todo, tengo entendido que los antiguos primates dormían en las ramas de los árboles. Por algo será.

Esta vez acertó el subconsciente de Thydiaya, porque el árbol aludido por la nueva mente de la muchacha «taya» resultó ser «un benefactor del hombre», en este caso especial fue también del hambre, porque al llegar a su rugoso tronco y encaramarse a las primeras ramas, lacerándose la piel de las piernas y de las manos, encontró, pendientes de algunas ramas, ocultos entre las anchas hojas, unos frutos blandos de un color bastante grato.

—¿Qué es esto, querida? Tiene toda la apariencia de «tentador», y me parece que es familia del vulgar melón meridional. ¡Pero no sabía que creciera en árboles! A ver, despanzurra uno, que le veamos las tripas.

Thydiaya obedeció y un líquido pegajoso y de color dulzón se filtró entre sus descuidados dedos, cayendo al suelo. A otra indicación de su mente, se

lamió un dedo con cuidado, presta a escupir al menor síntoma sospechoso, pero le resultó grato al paladar.

—Come sólo un poquito y veremos los efectos.

Así lo hizo ella y aguardó. Al cabo de un intervalo prudencial, su mente le aconsejó arremeter con la fruta, que resultó ser un alimento sano y reconfortante.

—¡Me gusta, Thydy! Si alguna vez puedo acercarme a tu mundo, comeré ese fruto y lo haré exportar al mío... Ahora, duerme como puedas.

Y, satisfecho el apetito, la joven salvaje se recostó contra el nudoso tronco, quedando dormida al momento, sumida en un sueño incomprensible, que era incapaz de asimilar, y mucho menos definir.

Al despertar vio que el astro rojo de la noche había desaparecido y el cielo volvía a ser de un maravilloso color esmeralda. El bosque próximo había dejado de rutilar sus mágicas lucecitas y las montañas rojas se habían vuelto brillantes, prolongándose las nubes que las envolvían en la inmensidad de aquel cielo purísimo.

Respiró el oxígeno del aire y se sintió más reconfortada. La sangre bullía en sus venas con euforia y la joven muchacha «taya» empezó a maravillarse de la belleza selvática que la rodeaba. El estanque de agua grisácea donde la noche antes había sumergido al crótalo continuaba despidiendo sus nubecillas, pero estas habían cambiado el color azul por un blanco lechoso.

Se dejó caer del árbol y caminó desenvuelta por el llano. Vio moverse suavemente las ramas de los árboles que circundaban el frondoso bosque y un fresco hálito de viento la azotó el rostro, agitándole el pelo sobre la frente.

Estaba turbada por no comprender el significado del sueño, donde le parecía haber visto un mundo muy distinto al que ahora contemplaba mirando en torno. Además creía haber visto a gentes extrañas, cubiertas con atuendos distintos al suyo, rodeadas de ruidos, de voces, de múltiples cosas que ignoraba. Pero ahora su cerebro no hablaba con ella, como si se hubiera dormido.

Risueña, olvidado el peligro del día anterior, deslizándose dichosa como un pajarillo hacia un mundo nuevo, Thydiaya empezó a saber lo que era bueno y malo, sentirse satisfecha y triste, desolada y feliz. Así caminó buen rato, viendo ascender en su cielo de ensueño aquel astro brillante que irradiaba luz mágica. En su superstición «taya» contemplaba al dios bueno y se sentía pequeña, pero contenta.

Luego en el bosque que se iba espesando a medida que avanzaba por él. Ajena a todo, dormida su mente, que tantos consejos le había dado últimamente, caminó entre los extraños arbustos que agitaba el viento —al menos así pensó— hasta que se detuvo a la sombra de un frondoso árbol.

Sintió ganas de gritar, reír, sentir su voz. Y cuando lo hizo, le pareció que sonaba distinta al gruñido que empleaban los «tayas» para comunicarse entre ellos.

Y así sentada, riendo con alegre tonalidad, no vio algo que se deslizaba por entre los espesos arbustos. Algo parecido a un hombre, cubierto de largos pelos por todo el cuerpo, de largos brazos y babeante boca, que la espiaba con ojos diminutos, pero rojos y brillantes como si fueran carbunclos.

Thydiaya sintió sueño y se recostó en el árbol. En aquel momento el arbusto empezó a moverse y las ramas, agitadas por la presencia de la carne, tendieron sus sarmentosos tentáculos hacia ella: ¡Thydiaya ignorar a que aquellas plantas eran carnívoras!

Docenas de ávidos y arrugados brazos, cubiertos de pequeñas ventosas, se estaban acercando a ella y distaban pocos centímetros de su cuerpo, cuando el extraño ser de los ojos de fuego saltó hacia adelante, bamboleando el cuerpo hasta caer sobre ella, atenazándola.

CAPÍTULO III



AYOS, me he dormido! —Ranzy saltó de la litera, mirando asustado en derredor. Había tenido un sueño terrible y se encontraba ahora bañado en un sudor frío; su cuerpo aún estaba agitado por frecuentes sacudidas.

Reconoció el lugar donde se encontraba y un suspiro de alivio surgió de su pecho: el pequeño cuarto en el último piso de la D. W. A., corazón del Berlín moderno, a cien metros del suelo de la calle, le era excesivamente familiar, aunque su mente estuviese turbada por horribles pesadillas.

Contempló el desorden reinante en el laboratorio y luego sus ojos soñolientos se posaron en la pantalla auxiliar del D-3C (O. D), y en el enrevesado mecanismo de las lámparas electrónicas, la madeja de hilos que

surgían de todos los bornes del tablero y los condensadores de pequeñas y altas vibraciones, amén de mil y pico de inversores provistos de diminutas pilas termo-atómicas, envueltas en su coraza de plomo, ionizadores, desionizadores, fusibles acústicos, oxmhidiones (para convertir la luz en onda propulsora), diafragmas y separadores. Todo instalado descuidadamente, pero con cierta simetría, alrededor del pequeño cuarto.

Lo que más le atraía era la pantalla del D-3C y algo que no se reflejaba en ella en aquel momento.

«¿Se la habrá comido un dinosaurio?», se dijo.

En el mismo instante que se incorporó de la litera neumática, se escuchó un golpecito en la puerta que daba al corredor del edificio. Ranzy se pasó la mano por el pelo y miró hacia ella, diciendo:

—Pase.

Obedeciendo, se abrió la puerta y una mujer bellísima, si el calificativo era acertado, aunque podría decirse gráficamente «estupenda», apareció en el dintel, sonriendo de un modo que casi embrujó a Ranzy. Vestía una corta capa color carmesí, y sus pies se enfundaban en unas botas de material flexible que le llegaban hasta el tobillo, adornadas con diminutos cristales brillantes. De sus ojos, boca y nariz recta y proporcionada es preferible no hablar, no en vano la mujer moderna había superado todos los encantos de su época y las anteriores.

Ojos: lagos de sombras; labios: dibujos sensuales; cabello: seda caoba en bucles inamovibles, y todo enmarcado en un óvalo perfecto, que a más de mágico, atractivo, y otros calificativos a cuál más bello, parecía celestial e incomparable.

Todo esto le parecía a Ranzy la esbelta figura de su colega Miria, de la que no había podido conseguir ni un solo beso... ¡Tal vez fuera éste el principal de sus encantos para el joven ingeniero ayudante de Richdergt!

—¡Hola, radiante visión de la mañana! ¿A qué debo el placer de tu esplendorosa visita, Diana de la ciencia?

La joven sonrió y se acercó a una silla de acero, sentándose tranquilamente. Al hablar, su voz sonaba a música en los oídos de Ranzy Schank:

—No tenía trabajo y sentía curiosidad por saber cómo anda tu nuevo estudio. He sabido por el jefe que estás ocupado en algo interesantísimo, de un género distinto a nuestros habituales trabajos.

Ranzy arrugó el ceño:

—¡Creí que venías a caer en mis brazos, Mina!

—¡No digas tonterías, pequeño! Ya sabes que no quiero nada con tu apuesta figura... Además, tu corazón está muy ocupado con chicas como Suzy, Emma, Betsy, y creo que ahora anda en este asunto una muchacha como no la hay en la tierra, algo primitivo y salvaje, de un mundo desconocido... ¿No,

Ranzy?

—Bueno, querida, si quieres tomar un poco de café te mostraré mi trabajo, pero sin decir nada a nadie. ¡Secreto riguroso!

Ranzy se movió rápidamente por la habitación, pulsó un botoncito en un aparato que había en un ángulo y en dos tazas recogió el negro líquido, del que los hombres de la era Galáctica no habían sabido evadirse, y junto con unas rebanadas de pan tostado y mermelada, ofreció a su visitante participar del sencillo desayuno. Ella rehusó:

—No, gracias, Ranzy, ya he tomado un bocado. Te aceptaré un café solamente... Anoche estuve con Phil y bebimos un poco, ¿sabes?

El gesto de contrariedad que puso Ranzy hizo sonreír a Miria, pero nadie dijo nada durante un rato. Ranzy se limitó a deslizar su vista por el armonioso cuerpo de su compañera.

—¿Te ha contado algo el jefe de mi trabajo?

—Algo, muy poco. Creo que es algo psíquico acerca de la teoría de Gunter, sobre la extinción o ampliación de la capacidad cerebral, ¿no es así, Ranzy?

—Sí, éste es el origen, bombón; pero estoy metido en el ajo de tal forma, que no sé cómo saldré de esto. Fue el jefe quien le habló de mí al célebre psiquiatra Yhashada-Ioda, un hindú que no tiene un pelo de tonto, en contra de lo que temí al principio.

»Un día me llamó y aquí empezó la cosa. Muy sencillo, pero no sé si acabaré volviéndome loco o no. Llevo dos meses sin moverme de aquí, maniobrando el D-3C como un poseso, siguiendo a una muchacha salvaje que habita en el pequeño satélite de Marte, Deimos, donde no ha llegado ni la mano del diablo y donde las gentes se comen unos a otros por el simple y primitivo instinto de la supervivencia, como hace veinte mil años hacían aquí en la tierra nuestros antepasados y, si vieras qué ojos tiene, palidecerías de envidia, hermosa mujer de la Tierra... ¡De envidia, te digo! Pero en lo que respecta a sus ideas, de lo más atrasado que he visto en mi vida. Yo trabajo en educarla por el procedimiento de Yhashada, que consiste en la radiación sensitiva de la telepatía aplicada.

»Esto es lo más asombroso del caso. Yo puedo verla, sin que ella me vea a mí, por medio de la pantalla del D-3C, como tú bien sabes, pero obedece a mis mensajes con una docilidad que evidencia a Yhashada como el sabio más grande de nuestra época... ¿Tú sabes lo que es trasmitir el pensamiento a una distancia como la que nos separa de Deimos? Pues esto es lo que ha logrado Yhashada con su tenacidad: enviar ondas sensitivas a un cerebro virgen para promediar la capacidad mental entre dos cerebros...

—No lo entiendo, Ranzy; ¿qué quieres decir con promediar la capacidad mental? —preguntó Miria, vivamente interesada, avanzando su barbilla hacia él, mirándole fijamente.

Ni que decir tiene que Ranzy sintió un deseo irreprimible de besar aquella

boca joven y fresca. Siempre sentía este deseo en presencia de Miria, pero la gravedad de su compañera se lo impedía.

—Se trata de desviar la excesiva carga mental de una persona hacia otro cerebro más descargado. Decía Gunter que la capacidad mental está llegando a su fin. El cerebro moderno ocupa toda su región física creadora. Dividía el cerebro en partes y épocas, partiendo del hombre primitivo, que no desarrollaba ni la milésima parte de su capacidad mental, todo en estado virgen. Nosotros estamos llegando al cien por cien de este desarrollo y pronto nos veremos incapacitados para utilizar el cerebro, estacionándonos en los conocimientos actuales o atrofiándose por exceso de carga, que podemos llamar sabiduría.

«Ahora bien, Yhashada opina que repartiendo esta función ganamos tiempo y espacio. Yo, simplemente, me despojo de mis ideas secundarias y las trasmito a Thydiaya...

—Thy... ¿qué has dicho?

—Thydiaya —sonrió Ranzy—, es mi cerebro gemelo. Mi muchacha de Deimos, cuyo cerebro en estado primitivo me está descargando del peso secundario de los conocimientos que no me son necesarios. Esto influye poderosamente en la persona elegida, que forzosamente tiene que poseer un cerebro virgen, ya que como comprenderás no te voy a trasladar a ti mis ideas, si en tu linda cabeza no caben más teorías y leyes científicas. Me limito a hacer lo que un maestro de escuela: revivo en la mente de esa muchacha cosas que debería haber sabido siempre y que ignora, despojándome de algo que tengo siempre a mano en ella.

—Así, esto viene a ser como dos personas con un solo cerebro, repartido proporcionalmente, de acuerdo con su capacidad reflexiva...

—Algo parecido. Ahora me encuentro que tengo un segundo yo que me ayudará a despojarme del lastre inservible de mis conocimientos superficiales, para depositarlos en el archivo de su mente...

—Bueno, pero si esta otra persona muere, ¿qué ocurre contigo?

—No lo sé, Miria —contestó gravemente él—. Y me temo que no podremos conocer nunca la respuesta. Tanto Yhashada-Ioda como yo, conscientes de lo que hacemos, hemos dejado esta cuestión en manos de Dios... ¡Él decidirá y nos revelará el secreto a su debido tiempo! Entretanto, no tengo ningún interés en que Thydiaya muera, pese a que vive rodeada de peligros en su pequeño mundo, y mucho menos morir yo, dejándola abandonada, ahora que empieza a intuir algo más amplio que su reducido campo de acción.

—¡Ahora comprendo por qué el jefe te recomendó esta tarea!

—¿Por qué, Miria? —preguntó Ranzy con curiosidad.

—A causa de tu carácter excesivamente apegado a lo material... Te envidio, Ranzy, ahora tienes una misión sagrada que cumplir, y he podido comprobar que no sales de noche ni andas con amigas... ¡Tu trabajo te atrae

demasiado para distraerte con las Suzys y las Emmas! Y doy la razón al viejo, como tú dices, que te estima más de lo que te puedes imaginar... Espero que logres un éxito rotundo en tu labor...

Él la interrumpió.

—¡Bah, eso son bobadas, ricura! Thydiaya es algo científico para mí...

—También lo era el D-3C y lo dejabas para correr a los brazos de esas chicas.

—Porque tú no querías nada conmigo, Miria. ¿No comprendes que estar tanto tiempo juntos, trabajando, tú y yo y no poder besarte era demasiado fuerte para mí? Forzosamente debía de salir «pitando» en busca de cariño.

Rió ella alegremente y respondió, festiva:

—No te quiero, Ranzy, te aprecio solamente. Además, tengo novio.

—¡Eso es un cuento, Miria! Yo no lo conozco, ni nadie, y eso que te he hecho vigilar... ¿Lo sabías?

—Sí, pero Phil existe. Anoche mismo salí con él. Ha llegado de un largo viaje por el espacio y ahora está aquí, en Berlín... Pero dejemos nuestras cosas. Muéstrame cómo funciona tu trabajo; anda, Ranzy, no seas malo.

Ante la súplica de aquella maravillosa mujer, el joven no pudo resistirse y, depositando la taza sobre la mesita, sonrió abiertamente y dijo:

—Bueno, ven, acércate; no me tengas miedo, dulce sueño dorado.

Se acercó a la pantalla televisora y se sentó frente a ella, maniobrando palancas y pulsadores, que al instante pusieron en movimiento todo aquel intrincado mecanismo. Miria acercó una silla, sentándose a su lado.

Ranzy cogió una especie de casco acerado, de cuya cúspide superior surgían varios cables aislados y un grueso tubo flexible de acero, y se lo puso en la cabeza, colocándose unas gafas de gruesos vidrios sobre los ojos. Miria también se protegió la vista con otras gafas más sencillas.

—Este casco me lo proporcionó Yhashada y sirve para, trasmitir ideas a gran distancia. El funcionamiento es complicadísimo, porque consta de amplificadores de onda sensitiva que transforman las radiaciones telepáticas en ondas súper-hertzianas de doble magnitud y las trasmiten a través del cosmos a la fantástica velocidad de mil millones de kilómetros por segundo, algo mucho más veloz que la luz. El tubo está lleno de vibraciones de mis ideas, y en estos momentos, si no me concentro, soy capaz de infundir en Thydiaya la idea absurda de los celos, dada tú presencia que no...

Miria se retiró vivamente de Ranzy, porque la mano de éste, apasionado por sus palabras, la había cogido por el talle.

—¡Eso no, Ranzy, o me enfado y me voy!

—Pues yo... ¡Bueno, seré formal! Mira, voy a conectar la pantalla del D-3C, que no hace falta te esplique, ya que la conoces tan bien como yo... «Ingenio moderno —Ranzy imitó la voz del locutor del film televisado y su tono cansino hizo sonreír a Miria— debido al prestigioso profesor Richdergt y

a sus ayudantes, el prometedor ingeniero Ranzy Schank y la bellísima señorita Vetzy, Miria Vetzy, el cerebro electrónico de la televisión sin hilos, colaboradora del «Deutsche Wissenschaft Amt» e inventora del circuito Radio-12... Además de un diploma científico y el título «honoris causa» de todas las universidades del mundo, es poseedora de cinco premios de belleza...».

—¡Déjate de tonterías, Ranzy, y sigue!

El joven sonrió bajo su extraña máscara y miró un momento a un pequeño cuadro de mandos que había junto a la pantalla televisora. Conectó, y al instante se iluminó la pantalla. Ranzy empezó a hablar monótonamente:

—Estación 12-B... Estación 12-B es llamada por Ranzy... —y después de un rato en el que se escuchó un chasquido en el pequeño altavoz instalado junto al televisor visocéntrico, Ranzy agregó—: ¡Hola, Bob, yanqui, dormilón, vamos a continuar! ¿Qué tal tiempo por ahí arriba...? Bien, centra, y sitúate, vamos a volver a Deimos... ¿Has desayunado, Bob?... Bien, avisa y dame la situación, tenemos que centrarnos en aquel árbol donde nos comimos la «chirimoya», o lo que fuera... ¿Qué si estaba bien? Ya lo creo, Bob. Está aquí Miria, más guapa que nunca, ¿quieres algo para ella?... ¿Un besito...? ¡Dios, no, que ya ha aparecido su novio fantasma! ¡Ni pensar, creo que es un capitán de nave espacial, algo bruto...!

Miria le dio un empujón con el codo y dijo:

—No le hagas caso, Bob, son celos.

Una risa simpática se dejó oír en el pequeño altavoz y el llamado Bob exclamó:

—Te creo, Miria, atízale a ese tenorio un tortazo y listo... Conecto, Ranzy.

Al momento, la pantalla de cristal que había tomado un subido color azul, fue variando hasta tornarse simplemente color cielo, como iluminada por el sol. Al mismo tiempo, el laboratorio quedó a oscuras y el panel de la claraboya se tiñó de negro, quedando el cuarto en la más completa penumbra. Sólo la pantalla del televisor quedó iluminada.

—Atención, estación Central de los Alpes... Luna, al habla Ranzy Schank transmitiendo con Raúl Ramón... Al habla Ranzy con Estación 13-B de los Alpes lunares... ¡Hola, Raúl! ¿Cómo está el tiempo? ¿Malo?... ¿No digas? ¿Crees que podemos trabajar hoy...? ¿Lluvia de polvo cósmico? Inténtalo, Raúl, inténtalo, Bob, está bien, no te preocupes. Vamos y empieza; conecta con Bob en cadena, ¿sabes?... Saludos a tu mujer, Raúl. ¿Cómo está la pequeña Herminia...? Dale un besito.

Por fin, la pantalla estuvo dispuesta y las tres estaciones del espacio lanzando ondas concéntricas que pretendían unirse en busca del errante satélite de Marte, surcando raudo su órbita alrededor del Dios de la guerra.

En la pantalla se hizo al fin luz clara y el cielo apareció reflejado en ella. Desde que algunos meses atrás el grupo científico del profesor Richdergt logró tomar la primera visión del espacio con aquel televisor triconcéntrico,

hasta el momento, tanto Miria como Ranzy, al contemplar el maravilloso paisaje recordaban los meses de intensa labor para conseguir el éxito. Ahora, logrado y descubierto el secreto, aún continuaban extasiándose en su contemplación. Con aquel aparato se podía penetrar hasta en el interior de los cuerpos humanos, taladrar los muros de acero y penetrar en los secretos de cada individuo, ésta había sido la causa que el Gobierno Federal Universal enviase rápidamente tropas para su vigilancia, y el edificio de la D. W. A. estaba custodiado día y noche, amén de que el Gabinete Político del Gobierno en París había ordenado urgentemente a Otto von Richdergt la construcción de otro aparato en la misma Sede del Gobierno Central, con fines militares, y el pequeño aparato que Ranzy poseía sólo podía ser utilizado para experimentos científicos, como el mismo Yhashada, por medio del pliego negro, cerrado, había solicitado a la Alta Magistratura de la Federación Universal, para demostrar su teoría de los cerebros gemelos, de gran interés también para el universo entero.

Por esto Miria, Ranzy y cuantos tenían conocimientos del funcionamiento del D-3C (O.D), y gozaban de acceso al aparato, mostrando su placa de identidad, cosa de la que Ranzy, personalmente, no tenía necesidad, puesto que desde hacía varias semanas apenas salía del edificio, donde pasaba los días encerrado estudiando la mente de Yhashada con un fanatismo que encantaba a Richdergt y al mismo Yhashada, que estaba al corriente por una retransmisión que Ranzy le hacía en banda radiovisora constantemente a Calcuta, en clave cifrada, a imagen descompuesta en fracciones y que sólo el artilugio instalado en el estudio del hindú podía componer, pero solamente cuando el D-3C de Ranzy estaba funcionando, sincronizado con la estación volante del satélite 12-B y la estación observadora de los Alpes lunares, que dirigida por el español Raúl Ramón, dentro de una cabina de aire acondicionado en lo alto de un escarpado risco, dirigía las ondas hasta concentrarlas con el aparato director de Ranzy Schenk, en lo alto del D.W.A. Building de Berlín.

No sin variar continuamente de dirección, tanteando el espacio, en el que tropezaron varias veces con enormes cuerpos de meteoros, satélites artificiales girando en sus órbitas, el propio Venus, en el cual penetraron, y las fortificaciones de Marte, lograron captar el pequeño satélite Deimos y recorrer su arrugada corteza, siempre con el alma en vilo, hasta que Ranzy dio la clave de traslación sideral de acuerdo con el movimiento de los cuatro puntos de referencia: la órbita de la tierra, trasladándose alrededor del Sol, el pequeño satélite 12-B girando como un loco alrededor de la tierra, la estación de Raúl Ramón, de la Luna, en su eterno vuelo alrededor de nuestro planeta y el rápido desplazamiento de Deimos circunvalando a Marte, todo unido en una perfecta sincronización que la visión del suelo de Deimos, iluminado por su esmeraldina atmósfera de oxígeno, ozono, helio y otros gases, entre los que la mezcla de hidrógeno y nitrógeno en estado semigaseoso permitía la respiración a un organismo disimilar al terráqueo y daba su peculiarísima

belleza a la atmósfera, destacándose su bello color verdoso.

Deimos había sido explorado por las naves expedicionarias de los hombres hacía muchos años, pero como sus condiciones ambientales no se adaptaban perfectamente al metabolismo de los hombres, y como no era conveniente en aquellos momentos instalar factorías, dado que la riqueza de su suelo era poco menos que inútil, plagado de animales venenosos, extraños seres primitivos y alguna que otra raza de «tayas» en un estado de civilización atrasadísimo, se dejó para posterior investigación, y en la actualidad Deimos estaba considerado como mundo habitado pero no «apto», en el catálogo de los planetas conocidos.

No tardó Ranzy, atento a su labor, ajeno ya a Miria y a sus maravillosas formas, en dar con el campo arenoso donde el día anterior había presenciado la batalla entre aquellos extraños sapos de columna vertebral espinosa, verdes y de ojos saltones, y los fornidos guerreros «tayas», que sucumbieron ante el número de sus atacantes. De sus restos sólo quedaban huesos descomponiéndose rápidamente, debido a la acción de los gases que sobre los organismos muertos ejercía la atmósfera.

Y luego, siguiendo el camino que había tomado Thydiaya en su huida, hasta llegar al estanque del ácido corrosivo, que analizó en su espectroscopio como un compuesto de nitratoformosina, de un alto poder disolvente, no conocido en la tierra. Halló el cráter de los pequeños arácnidos, donde Thydiaya intentó dormir, por instigación suya, y por fin el árbol del dulce y bienhechor fruto, pero, ¡Thydiaya había desaparecido!

—¡Rayos...! ¿Qué ha pasado aquí? —exclamó extrañado Ranzy.

Miria, que había estado en suspenso durante toda la investigación sideral de Ranzy y sumamente perpleja contemplando el paisaje exótico de la superficie de Deimos, al oír la exclamación de Ranzy preguntó:

—¿Qué ocurre, Ranzy? —su pregunta llegó confundida con otras dos idénticas de Bob Spark, en el satélite 12- B y la de Raúl Ramón, en la Luna.

—¡Ayer estaba durmiendo sobre ese árbol y ya no está! —repuso Ranzy.

—Se habrá marchado... Te refieres a la chica, ¿no?

Pero entonces Ranzy se quedó inmóvil, con la boca entreabierta, como si escuchara algo que venía de muy lejos. Miria le vio, a la débil luz que fluía de la pantalla iluminada por el sol, reflejado en el suelo de Deimos, y se sorprendió:

—¿Qué te pasa, Ranzy?

—¡La siento...! ¡La siento aquí dentro, en mi cerebro! Soy yo, Miria —gritó, enloquecido por el sorprendido descubrimiento—. Mi mente y la suya están unidas ya... ¡Esto es de locura, Miria...! Me voy a volver loco... ¡Voy a morir...! ¡Socorro! ¡Socorro, que muero!

Y, de repente, Ranzy se levantó de su asiento, con el rostro descompuesto, perdida la mirada en la nada, y de un brusco tirón se arrancó el casco que

tenía en la cabeza y lo arrojó al suelo, con el cuerpo crispado.

Miria se levantó asustada y le cogió del brazo:

—¡Ranzy, escucha...! ¿No me oyes? ¡Escucha! ¿Qué te pasa?

Pero el joven se desplomó pesadamente al suelo, llevándose las manos al cuello.

—¿Qué pasa, Ranzy...? ¡Miria! —sonaba la voz de Raúl en el altavoz.

La oscuridad era absoluta, sólo rasgada débilmente por la luz que provenía de la pantalla del televisor, dibujando un paisaje fantástico que se estaba oscureciendo, por el paso del satélite-hermano Probos en su órbita, interponiéndose en el sol. Todo se volvía rojo...

En el suelo, Ranzy se debatía como azotado por un ataque epiléptico.

Y en aquel momento, cuando Miria, indecisa, miró a la pantalla, sin saber qué hacer con su compañero, vio correr una figura que aparecía en el vidrio. Una figura descompuesta, pero en la que reconoció a una linda muchacha semidesnuda... ¡Thydiaya, huyendo alocada!

Y tras ella, una especie de monstruo antediluviano que con los brazos, o garras, extendidos, parecía la iba a coger de un momento a otro. Luego, Thydiaya tropezó...

CAPÍTULO IV



N el mismo instante que los brazos sarmentosos de los arbustos carnívoros aplicaban en la morena piel de Thydiaya sus ventosas para aprisionar la presa, sin que la dormitada muchacha «taya» se diera cuenta, algo cayó sobre ella, atenazándola con dos poderosos garfios.

Thydiaya dio un salto de sorpresa y quiso debatirse, pero ya era tarde: a través de una maraña de pelos erizados, un par de ojillos bestiales la miraban fijamente, y de una boca hedionda y pestilente, babeante y negruzca, posada muy cerca de su rostro, surgían unos largos y amarillentos colmillos. Una risa, mezcla de humana y bestial, hirió al mismo tiempo su oído. Luchó por desasirse de aquel estrecho abrazo, pero algo parecido a garras se incrustaba en su espalda, a través de la piel de «sixen», desgarrándosela. Gritó, gritó tan

fuerte cómo pudo, y su voz se extendió en el silencioso bosque de plantas carnívoras, despertando ecos lastimeros.

El monstruo, un animal muy parecido al orangután, pero de rostro mucho más salvaje aún, dio algunos pasos atrás, procurando retener entre sus brazos a la muchacha y las ramas de succión de aquel arbusto hambriento se aplicaron en su espalda. Como un reptil, el monstruo se revolvió y pataleó vigorosamente, aunque aquellas ramas verde-rojizas, enredándose entre sus largos pelos, buscaban con mayor viveza la piel para succionar, devoradoras.

La muchacha también sintió en sus piernas la caricia horrible de la presa de algunas ramas, pero el monstruo, comprendiendo que con la carga de la muchacha no podría defenderse de las sarmentosas succiones, cada vez más numerosas, la arrojó al suelo, a cierta distancia del arbusto, y empezó a debatirse con pies y manos.

Thydiaya se dio un gran golpe contra el suelo, porque aquel animal nunca visto ni soñado poseía una fuerza nada vulgar, y medio atontada por el golpe, con el corazón latiéndole desacompasadamente, viendo a su captor debatirse, arrancando ramas vivas y lanzándolas en todas direcciones, se levantó y salió corriendo, en la misma dirección que había traído.

Corrió, corrió alocadamente, sin saber exactamente por qué lo hacía, como el día anterior había corrido huyendo de los hombres verdes, cuando al cabo de unos minutos sintió a su espalda un alarido infrahumano. En una fracción de segundo que volvió el rostro atrás, vio aquel animal surgir de entre los ramajes, corriendo tras ella, bamboleando el cuerpo y haciendo voltear los brazos velludos como aspas de molino.

Thydiaya era ágil, joven y resistente, e intuyendo el peligro que corría pasó a sus piernas la salvación de su vida, haciéndolas rápidas para ganar distancia. Pero el monstruo, aún adheridas a su cuerpo algunas ventosas con la vulva sanguinolenta que había arrancado violentamente del arbusto, corría más que ella, dando unos enormes saltos de más de tres metros de largo, e iba ganando terreno.

La joven «taya», alocada, con el miedo recorriendo todo su cuerpo con extraña y vibrante ondulación, descalza y suelto el cabello caoba, volvió el rostro para ver a su perseguidor y en aquel momento tropezó. Había salido ya del bosque y estaba cerca del árbol donde la noche antes había dormido. Rodando por el suelo, vio la masa horripilante de aquel cuerpo saltar sobre ella y en aquel preciso instante en su cerebro sintió una conmoción, como si algo dentro de ella hubiese estallado y todo su contenido se extendiera por las paredes óseas de su cráneo... Fue algo jamás sentido, algo nuevo, que duró una décima de fracción de segundo, y que le hizo cerrar los ojos...

¡El repugnante orangután cayó sobre ella con un salto gigantesco! Pero ella se había movido unas pulgadas y el encontronazo se lo dio la bestia contra el suelo, incorporándose vivamente y mirando en derredor. ¿Dónde estaba aquella muchacha? se preguntó, quizá, su atrofiada mente, rascándose la

diminuta cabeza con los garfios de sus dedos. ¡Ah, allí corría otra vez!

Thydiaya había tenido un «shock» mental, pero ahora corría otra vez como si fuera llevada por el viento. El tirante de su hombro se había desprendido y su carne se destacaba a la nítida luz del sol, mostrando una belleza de busto nada común. Quizá fuera esta visión lo que estimuló al monstruoso animal porque, resoplando roncamente, arreció su bamboleante marcha, volteando sus brazos y dando largos saltos en el aire, que acortaban cada vez más la distancia ganada por Thydiaya. Pero esta, intuyendo el peligro, sacando fuerzas de flaqueza, logró tener una idea de defensa instintiva y, deteniendo su alocada marcha, con el rostro descompuesto, cogió una gran piedra y la lanzó como había visto hacer durante tanto tiempo a sus hermanos «tayas». Y tuvo tanta maestría y tino en su tiro, que la piedra fue a dar precisamente entre los ojos del animal, el cual se detuvo en seco, lanzando un rugido espeluznante.

Thydiaya siguió corriendo y al cabo de un rato, cuando ya creía que su perseguidor habría quedado atrás, muerto o malherido, volvió la cabeza, y cuál sería su sorpresa viéndole venir otra vez con una ferocidad brutal reflejada en su aspecto. La muchacha miró en derredor como gacela cogida en una trampa, y entonces... ¡Oh, milagro maravilloso, de poder haber sido visto por Yhashada-Ioda, autor del portento!... ¡El primer destello de inteligencia en una mente que ahora no estaba dirigida por su cerebro gemelo, floreció, dándole la luz y la osadía de que tanto ella como su raza habían carecido siempre!

A menos de diez yardas, espumeante y verdoso, con tonalidades azuladas y blanco lechoso en sus nubes, se extendía el estanque del ácido corrosivo, impidiendo el paso a un frondoso bosque. Y su mente se lo dijo: ¡Allí estaba la solución, la fuerza de la razón sobre el instinto animal! Rápidamente puso en práctica su plan, que consistió, de momento, en echar a correr hacia el borde del estanque, cambiando el rumbo de su precipitada huida.

A causa de la larga carrera, Thydiaya jadeaba desacompasadamente, ascendiendo y bajando su erguido pecho que la rotura del tosco atuendo mostraba en toda su belleza salvaje, y aunque ya se había iniciado en ella, días atrás, un sentido del pudor, aquel no era momento de recatos. Corrió y se detuvo al borde mismo del estanque, cuyo fétido olor le escoció el olfato, al mismo tiempo que las burbujas de la tersa superficie, al reventar, parecían emitir una música sincopada y nefasta.

El monstruoso orangután estaba a poca distancia y rugía con furiosos aullidos, tal vez preguntándose a qué razón obedecía que su presa se hubiera detenido y le estuviera esperando casi con los brazos cruzados.

Thydiaya cogió una piedra del suelo y se la arrojó para hostigarle más, dirigida con tal acierto que fue a darle precisamente en la boca. El animal rugió y, ciego de furia, se lanzó de un salto sobre ella.

Pero cuando creía coger entre sus nervudos brazos la frágil presa, con un rugido, vio que la muchacha se había echado a un lado, ágilmente. Ya no tuvo

tiempo de volverse; la misma inercia del salto le puso al borde del estanque y perdió el equilibrio, cayendo en el líquido corrosivo.

Fue una fracción de segundo y todo ocurrió tal y como había previsto Thydiaya, porque en su rudimentario recuerdo aún estaba latente la experiencia de la noche anterior cuando sumergió el crótalo en aquella agua... El grito infrahumano del monstruo al tomar contacto con el ácido corrosivo retumbó como un trueno en el ambiente, para desaparecer convertido en eco al otro lado del bosque, donde se perdió. Y su cuerpo, disgregado y convertido en pulpa, desapareció por completo de la superficie.

Las salpicaduras de la caída rociaron los alrededores y fue simple y lisa casualidad que Thydiaya no recibiera en su carne una gota de aquel liquido infernal, porque el suelo fue mordido por el ácido y varias columnitas de humo surgieron a los mismos pies de la muchacha.

Sobrecogida, y tapándose el pecho descubierto, retrocedió unos pasos, mirando con ojos desorbitados el lugar por dónde había desaparecido el monstruo. Luego se alejó corriendo, a lo largo de la ribera, del lago, respirando aun entrecortadamente... ¡Y fue en aquel momento cuando se encontró sola en un mundo extraño!

*   *   *

Anduvo muchos días siguiendo aquel ribazo que se extendía interminable, envolviendo el siempre frondoso bosque. Seguía aquel camino porque no conocía otro mejor, pero se le había metido en la cabeza cruzar al otro lado, seducida por la belleza de aquellos verdes ramajes, y estaba decidida a conseguirlo. No iba muy próxima a la orilla, porque el fétido olor la molestaba, pero no se apartaba mucho de ella.

Se alimentaba de frutos semejantes al que encontró el primer día de su soledad, y algunos que otros tallos y brotes que por su aspecto le parecían comestibles, pero con las precauciones consiguientes, de acuerdo con un instintivo recelo que había hecho de ella un ser cauto y precavido.

Tampoco había vuelto a sentir voces dentro de su cerebro y esto la hacía sentirse aún más sola, porque, aunque las palabras que le venían de muchos millones de kilómetros de distancia, habían sido incomprensibles para ella, su sentido, como idea metapsíquica, había sido real, de esto estaba segura. Como también se decía, de un modo vago, impreciso y poco lógico en ella, que estaba custodiada por algún dios bueno que velaba su suerte. Pero estaba triste...

¡Y era que en su subconsciente aquel tono despótico, rudo, del joven alemán a quién no conocía, había sido de su mayor agrado!

Una tarde, envuelta en el más opresivo silencio, sólo interrumpido de cuando en cuando por el graznido de las aves malas del cielo, los negros pájaros de curvo pico Que no atacaban a los «tayas» salvo cuando estos estaban agonizantes, caminaba a cierta distancia del arroyo. Había pasado

algo por el cielo —que no se detuvo ni en mirar— muy parecido, por la sombra rápida que dejó en el suelo, a un ave gigante, pero silenciosa. Luego vio que la anchura del estanque disminuía junto a unos grandes árboles teñidos de amarillo, y un poco más abajo algo que la llamó poderosamente la atención: un grueso tronco caído que formaba un rustico puente sobre el corrosivo estanque.

Antes de decidirse a cruzarlo, el cielo se oscureció y a poco apareció el astro rojo de la noche, seguido de una pequeña luna brillante, que iluminaba bastante el suelo. La luz era ahora fantástica y hubiera parecido a alguien que no fuera ella como un prodigio de belleza polícroma.

Sobre el fondo negro-azulado de la noche, la gran linterna roja, surcada a grandes rayas oscuras y blancas, arriba y abajo, despedía una luz que se extendía sangrienta por el suelo donde estaba Thydiaya, tiñendo el color verdoso de su cielo en medio amarillo, medio violeta, combinación jamás soñada por nadie y que el pequeño astro brillante transformaba a destellos en verde y pardo.

Esta natural batería de luces daba al paisaje un aspecto fantástico, porque el color del suelo arenoso parecía ahora rojo, y el verde del bosque, al otro lado del estrecho estanque, parecía morado y azul cobalto, así como las lejanas montañas plateadas durante el día, tenían el brillo algo apagado del oro y semejaban fantasmas empenachados con blondas rojizas y azules.

Thydiaya sintió un silbido sobre su cabeza y en el momento en que iba a poner el pie desnudo sobre el tronco del árbol, para cruzar al otro lado, una potente luz circular la envolvió, bajando del cielo. Vivamente sorprendida, levantó repentinamente la cabeza y un disco brillante la cegó, haciéndole cerrar los ojos instintivamente.

Se asustó y, conocedora del peligro que encerraba el agua mansa que se extendía a sus pies, cegada y deslumbrada por la potente luz amarilla, sin saber qué hacer ni qué camino tomar, avanzó rápidamente por el nudoso tronco del árbol, pasando al otro lado del arroyo, siempre seguida por el circular rayo de luz que venía del cielo. Se vio envuelta en ramajes, lianas y plantas que exhalaban un aromático efluvio, y por unos momentos, cubierta por las frondosas ramas de algunos árboles, la luz rutilante dejó de perseguirla, pudiendo ver a su alrededor mil lucecitas de plantas luminosas.

Avanzó, mirando en derredor, sintiéndose sumamente intranquila, porque tanto silencio la tenía sobrecogida. Entre los árboles, de trecho en trecho, se filtraba el haz luminoso que como un fantasma parecía seguirla por todas partes, y por mucho que miraba hacia arriba no lograba precisar de dónde procedía, aunque se estaba diciendo que podría ser de algún pequeño sol bueno que pretendía iluminar su camino con su rayo bienhechor. Pero esto no la consolaba, porque en aquel momento llegaba a sus oídos un silbido agudo y tenue que parecía surgir de todas partes y un croar, zumbar, rasgar y múltiples rumores iniciaban una baraúnda armónica dentro del bosque.

De pronto, algo que no era ruido atrajo su atención: en un claro, a menos de diez metros, el destello luminoso de un par de ojos fosforescentes estaban fijos en ella. Se oyó un grito ronco y gutural, una especie de aullido grave, y la muchacha se detuvo. Aquellas pupilas luminosas la atraían poderosamente, como magnetizándola.

El haz de luz amarilla que la envolvía se retiró de ella, iluminando algo que puso a Thydiaya la piel de gallina y los pelos de punta: un gigantesco octópodo de cuerpo de araña, de más de dos metros de altura, con tentáculos flexibles terminados en fuertes tenazas articuladas, se acercaba lentamente a ella, hipnotizándola.

Thydiaya sintió una gran debilidad en las piernas y como si todo el cuerpo se le hubiera paralizado. Sólo la fuerza magnética de aquellos ojos le atraía... ¡a una muerte cierta! ¡No podía moverse, sentíase cegada por la hipnosis de aquellos ojos fosforescentes!

Cuando el rayo de luz inundó al arácnido, éste se detuvo en su marcha, levantando su articulada cabeza al cielo, sorprendido. Luego, después de un momento durante el cual unas antenas cubrieron sus ojos, como convencido de que aquella luz no podía hacerle ningún daño se fijó de nuevo en Thydiaya y avanzó con una gravedad horripilante hacia ella.

La muchacha estaba clavada en su sitio, como aletargada, colgando los brazos a lo largo del cuerpo y quieta la cabeza, con los ojos fijos en aquellos otros que la torturaban... El repugnante animal se acercaba, lento, lento, muy lento, y ya estaba a pocos pasos de ella.

De repente, el haz de luz que provenía del cielo se apagó, y todo quedó sumido en una dulce penumbra rojiza, que permitió a Thydiaya ver al artrópodo extender un tentáculo provisto de una fuerte tenaza dentada en dirección a su tembloroso cuerpo... ¡La muchacha «taya» no podía moverse, sujeta a una parálisis psíquica de todo su organismo! Y la garra-tenaza se acercaba inexorable hacia ella, con un rítmico crujir de sus articulaciones.

De pronto, cuando ya se sentía Thydiaya presa por la dentada tenaza, sometida al influjo de la hipnosis de los refulgentes ojos de la bestia, ocurrió algo que cambió el sesgo del asunto: como surgiendo del cielo, un chispazo vivísimo atravesó el aire, como el rayo brillante, y cayendo sobre la arrugada espalda del artrópodo hizo brotar una lengua de fuego. Fue sólo un instante, pero cuando Thydiaya recobró el uso de sus facultades, vio retorcerse en el suelo a su enemigo en espasmos agónicos y quedar por fin rígido, intentando clavar sus tenazas en el suelo.

Su cuerpo parduzco se tiñó de verdín y por fin murió. En el mismo momento, el haz de luz circular volvió a brotar y Thydiaya se vio de nuevo rodeada de su mágico destello. Perdido el influjo de la hipnosis, comprendió que había escapado a una muerte cierta y, temerosa, dando gracias al dios bueno de las alturas, salió corriendo por el claro del bosque, alejándose del cadáver de aquel horripilante animal. Pero la luz no dejaba de seguirla en su

camino, hasta que un nuevo peligro, esta vez más terrible que los anteriores surgió ante su paso.

Y en él quedó prendida al momento. ¡Se trataba de una enorme tela de araña, tendida entre dos altos troncos de árbol, que la envolvió como si se tratara de una frágil mariposa! De momento no supo lo que estaba ocurriendo, hasta que su cuerpo quedó imposibilitado de hacer movimiento alguno. Y lo peor era que la frondosa cúspide de los árboles impedía llegar hasta ella el maravilloso reflejo de la luz que provenía del cielo.

Se debatió ferozmente, valiéndose de pies y manos, pero sus miembros iban enredándose en la tela viscosa y fuerte, y sus violentas contorsiones sólo servían para sujetarla más, sin que aquellas sutiles cuerdas se rompieran, que era lo que ella deseaba. Loca, desesperada y agotada hasta la extenuación, su instinto la obligó a gritar, pidiendo ayuda, en el lenguaje vernáculo de su tribu «taya». Pero sus gritos sólo sirvieron para hacer surgir de su madriguera, entre las ramas de los árboles, a la gigantesca araña.

¡Una araña gigantesca que habría espantado a un mortal cualquiera! Pero Thydiaya no se dio cuenta de su presencia, porque el arácnido octópodo, de la misma familia gigante que el artrópodo muerto misteriosamente poco antes en el claro del bosque, surgió a su espalda, deslizándose cauteloso sobre la enmarañada red, procedente del tupido ramaje.

Los tirones de Thydiaya sobre las resistentes y pegajosas cuerdas, la habían despertado y acudía a devorar a la incauta víctima que había quedado enredada en su tela.

La desesperación de la joven no tenía límites, viendo sus brazos y piernas cada vez más enredados en aquellas lianas resistentes y sus gritos de impotencia resonaron con estridencia por encima de los rumores del bosque.

Y, de repente, algo que vino en ayuda de Thydiaya se dejó ver con estrepitoso ruido. Procedente del cielo, después de extinguirse el fantástico foco de luz, una especie de huso alargado, color indefinido, entre plateado, plomizo y negro, se dejó caer, con desgarramiento de ramas, troncos y árboles enteros, se posó en el suelo, y al momento, el haz luminoso que antes procedía de arriba recorrió horizontal la fronda rojiza en busca de algo.

Thydiaya lo vio y gritó en su rústico lenguaje, pidiendo ayuda, quienquiera que fuese aquel extraño artefacto venido de los dioses. Y la luz la dio de lleno, debatiéndose en la tupida tela de araña, en el momento que sentía un hálito caliente en su nuca: volvió la cabeza como pudo y la sangre se le heló en las venas al ver el cuerpo gigante del repugnante arácnido que se le venía encima.

—Matad, matad! —gritó con todas sus fuerzas en lenguaje «taya».

En aquel instante se escuchó un ruido metálico y del extraño huso alargado surgieron varias figuras por una portezuela oscura. Eran figuras completamente desconocidas para Thydiaya, si hubiera podido verlas, porque ya no pudo hacer más movimientos. Prendida en la red, desfallecida y muerta de cansancio y miedo, Thydiaya se desmayó, en el mismo instante que una

boca en forma de embudo se extendía hacia ella.

La suerte parecía echada.

¿Y qué ocurrió...?

Todo se resolvió en pocos segundos, iluminando la escena con el foco de luz proveniente del extraño aparato, las figuras que habían surgido de él, caminando a dos pies y empuñando en sus manos unos tubos cilíndricos, rodeados de una espiral metálica y brillante, se acercaron a la tela de araña. Eran tres y vestían unos buzos de goma, o algo parecido, provistos de muchos artilugios raros, brillantes y de un color plateado o niquelado; sus rostros permanecían ocultos dentro de una campana redonda, que tenía una mirilla delante de los ojos, a través de la cual estaban viendo al gigantesco arácnido acercarse lentamente a la muchacha.

Uno de ellos, cuyo atuendo difería un tanto al de sus compañeros en cuanto a detalles secundarios, se echó de repente a la cara su tubo cilíndrico y una luz azul alargada surgió de él, yendo a posarse sin el menor ruido sobre el dorso del arácnido.

Los efectos fueron instantáneos.

El animal, que ya tenía la boca dispuesta para succionar el cuerpo de Thydiaya, quedó súbitamente rígido al recibir en su espalda el silencioso rayo azul, para caer a continuación al suelo, desprendiéndose de las lianas pegajosas de su red y revolcándose unos instantes hasta que un nuevo impacto de luz azul lo dejó completamente inmóvil.

¡Thydiaya se había salvado!

Luego, el individuo enfundado en aquella extraña escafandra se acercó a la muchacha, y cortando con torpes movimientos las cuerdas que rodeaban los miembros de Thydiaya, valiéndose de un afilado cuchillo, recogió a la desvanecida «taya», arrastrándola hasta donde estaban sus compañeros. Entre los tres entablaron un corto diálogo, que se dedujo por los movimientos de brazos y los ademanes, una vez dirigiéndose al silencioso aparato y otra a la muchacha.

Hablaron durante unos segundos.

Luego pareció que se ponían de acuerdo, porque el que había salvado a Thydiaya, indicó a los otros con gestos imperativos que recogieran a la chica. Obedecieron, asiéndola de pies y manos, y por una escalerilla que descendió de la oscura portezuela del aparato penetraron dentro con su carga. El que parecía jefe de la expedición subió tras ellos y al momento ascendió también, sola, la escalerilla, cerrándose automáticamente la puerta.

A poco se dejó oír un silbido y el aparato se elevó unos metros del suelo, a marcha lenta, para estacionarse durante unos minutos en el aire; después, dejando tras él una estela luminosa, se deslizó vertiginoso, perdiéndose en el horizonte.

CAPÍTULO V



L abrir los ojos, lo primero que Ranzy Schenk reconoció fueron las blancas paredes de un hospital de cristal. Después se dio cuenta que estaba en una cama y por fin que vivía, respiraba como cualquier mortal. Luego vio un cielo tachonado de estrellas encima de su cabeza, a través de una claraboya corrediza, y al bajar la vista atraída por la luz, dos jóvenes soldados que jugaban a naipes en un rincón de la estancia sobre una mesita que surgía del muro.

En el mismo instante se abrió la puerta encristalada y los dos soldados, ataviados como para asistir a un combate moderno, provistos de toda clase de artilugios guerreros, de pequeño y largo alcance, desde la pistola de rayos cósmicos hasta, cruzado a la espalda, el subfusil «Royal» de carga inextinguible «cosmo-atómica», de reciente invención, que había dejado atrás al anticuado atomizador ionizado, levantaron la cabeza.

La primera impresión que causó en Ranzy la visión de la enfermera fue de una profunda alegría. Luego recordó a Miria y en un segundo un film de recuerdos atravesó como un relámpago por su mente, impidiéndole ver la

radiante sonrisa de la joven enfermera acercándose a su lecho neumático. Los soldados, dos rubios mozos de rostro pecoso, la miraron pasar boquiabiertos, suspendidos sus naipes irrompibles en las manos.

—¿Ya despertó el enfermo? —preguntó con voz argentina la enfermera.

—¿Dónde está Ranzy Schenk? —preguntó el así llamado, intentando incorporarse en el lecho, mirando a la muchacha.

—¿No es usted Ranzy Schenk? —preguntó ella, perpleja.

—No sé, excelsa aparición... ¿Quién eres, tan divina?

Los dos soldados sonrieron y, levantándose, después de dejar los naipes sobre la mesa, se acercaron al lecho, poniéndose a ambos lados de la enfermera. Uno de ellos extrajo de la funda metálica su pistola y apuntó a Ranzy, diciendo:

—¡Nada de tonterías, profesor!

La enfermera, arrebolada por las palabras de Ranzy, baja la vista, al darse cuenta de la acción de aquellos dos guardianes celosos de su cargo, exclamó:

—Retírense un poco... ¡Es un enfermo!

—¡Más diría yo un peligroso asesino!

—¡No ha matado a nadie! —protestó la enfermera.

—Pero lo quiso hacer, que viene a ser lo mismo, señorita —intervino el otro soldado.

—¿Qué yo he querido matar a alguien...? —exclamó Ranzy sin dar crédito a lo que oía—. ¡No es posible!

—¡Déjenlo en paz, o me quejaré de ustedes a la dirección del hospital! —protestó la muchacha.

—Hazle caso, Hugo —dijo el que no empuñaba la pistola—. No podrá huir, de todas formas.

—¡Eh, un momento! ¿Quién me explica todo esto?

La cabeza de Ranzy parecía un volcán, asaltado de múltiples dudas, sospechas y confusiones. No comprendía una palabra y su rostro era un interrogante, borrada la admiración que la presencia de la enfermera le había producido.

Pero nadie le contestó, de momento. La muchacha se inclinó sobre él, le puso la mano en la frente y consultó un diminuto aparato, muy parecido a un reloj que tenía en la muñeca. Luego sonrió y dijo:

—Ya ha pasado el peligro, Herr Schenk.

—¿Qué peligro...? ¿Qué estoy haciendo aquí y por qué están esos soldados vigilándome...? ¡Me quejaré a la Alta Magistratura del Estado!

—Precisamente, pronto comparecerá usted ante ella, amigo profesor —contestó uno de los soldados—. No le va a servir de mucho el ser uno de los inventores del D-3C (O. D)... Aunque, si se salva el viejo, es posible que tenga alguna magnanimidad con usted...

—Pero ¿de qué me estáis hablando? —y su rostro debía ser muy elocuente, porque los dos soldados se miraron de una forma rara.

—¿Nos quiere hacer creer que no recuerda nada, amigo? —preguntó el llamado Hugo.

—¡Ni una palabra...! Lo último que recuerdo es que estábamos buscando a Thydiaya en el D-3C, junto con Miria, y de pronto sentí un fuerte «shock» emocional o traumático en la cabeza y no recuerdo nada más... ¿Qué viejo dice...?

—Está usted convaleciente aún, profesor —intervino la enfermera—. No sé si será conveniente que...

—¡Ni convaleciente ni un pepino, enfermera! ¡O me dicen lo que ocurre o armo una bronca como la del café Horn, de la Unionstrasse! —gritó fuera de sí Ranzy, pretendiendo levantarse. Entonces se dio cuenta, que dos bandas de acero flexible rodeaban sus pies—. ¡Maldita sea...!

—¡Cálmese, Herr Schenk! Yo le explicaré —intervino la enfermera cogiéndole suavemente de la mano—. Le han traído aquí inconsciente, acusado de haber querido matar al profesor Yhashada-Ioda... ¡Está muy grave en este mismo hospital, sometido a respiración artificial dentro del cardiógrafo desde hace tres días! La prensa y televisión de todo el universo sólo hablan de este luctuoso suceso... ¡Son ustedes dos muy famosos! Según dice la policía, vino usted de Berlín hace unos días como si estuviera loco, a bordo de un auto-bólido particular, y se dirigió a casa del profesor Yhashada. El profesor, según dicen sus hijos, le recibió amablemente, pero usted le aporreó bárbaramente y le arrojó por una ventana... Afortunadamente, fue sujetado cuando pretendía lanzarse tras el viejo psiquiatra... Luego ha estado aquí inconsciente tres días... La policía le ha puesto vigilancia porque dicen que usted ha perdido el juicio... Ha venido mucha gente a verle desde Berlín, pero nadie sabe una palabra de lo que motivó el ataque, y su jefe, el profesor Otto von Richdergt, se niega a hacer comentarios. Ayer partió para París, a entrevistarse con el Presidente de la Federación Universal, a fin de conseguir no sé qué... Se negó a decirlo a la prensa... Esa muchacha morena está todo el día ahí fuera esperando... ¡Es muy guapa...! ¿Es su novia? La vi en la televisión días atrás, cuando descubrieron ustedes ese aparato tan raro...

Se interrumpió.

Ranzy, que no comprendía nada de lo que la enfermera le estaba diciendo, sacó finalmente en claro que Miria era la muchacha morena aludida y se dijo que nadie mejor que ella podría sacarle de dudas, ya que recordaba, como si de aquel mismo instante se tratara, que cuando estaba buscando el árbol donde Thydiaya pasó la noche, Miria se sentaba a su lado, provista de los anteojos de cristal defensivo para los vivísimos destellos del D-3C.

—¿Miria está aquí...? ¡Dígale que pase, rápido! —exclamo Ranzy.

La enfermera miró a los soldados como pidiéndoles consejo, y puesto que Hugo y el otro se encogieron de hombros por no tener instrucciones a este

respecto, se dirigió a la puerta y salió, cerrando tras de sí la opaca vidriera de la entrada.

—¿Así, pues, no estoy en Berlín? —preguntó Ranzy a los soldados.

—A mí no me venga con cuentos, ¿sabe, profesor? Haga lo que le dé la gana, yo no soy nadie para juzgarle, esto lo hará pronto la ley, pero de sobras sabe que estamos en Calcuta... Usted llegó por sí solo conduciendo su autobólido. ¿O es que no quiere recordarlo?

Ranzy no quiso hacer caso a la ironía del soldado y se estrujó el cerebro inútilmente, pensando en aquel embrollado enigma... Pierde el conocimiento en Berlín, en el D.W.A. Building, y se despierta a catorce mil millas de distancia, detenido y acusado de haber querido dar muerte al propio Yhashada-Ioda, un simpático personaje con quien está trabajando en colaboración en el estudio de la teoría de los cerebros gemelos, en un apasionante experimento... Sí, recuerda perfectamente que había hablado con Raúl y con Bob, sincronizando la onda concéntrica para localizar a Deimos, y hasta llegó a descubrir el lugar dónde había dejado la noche antes de la muchacha deimosina... Luego no recordaba nada más, salvo el súbito dolor de cabeza, el choque de su cerebro, que parecía estallarle... ¿Qué significado tenía todo aquello? ¿Por qué había de querer matar al pacífico hombre de ciencia hindú? ¿Y cómo logró venir a Calcuta...?

En aquel momento, la puerta de la habitación se abrió lentamente y algo muy parecido a una linda muchacha, corrió hacia el lecho donde estaba Ranzy, mirando al techo, y se arrojó en sus brazos sollozando.

—¡Ranzy... cariño... mi vida!

—¡Miria!

Al joven ingeniero le pareció que siempre había sido así y que Miria había estado constantemente en sus brazos... Fue pasado un largo rato cuando se sorprendió de esta maravillosa realidad.

* * *

El vehículo se detuvo ante la gran escalinata del enorme edificio de la Magistratura de Calcuta. Un enorme gentío invadía la ancha plaza, mujeres y hombres de todas las razas del universo, pero la aborigen raza asiática, algo mezclada con la de otros pueblos a través de miles de años, se confundía entre los curiosos, recién venidos de otras federaciones estatales, en aquel moderno país.

Ranzy, rodeado de soldados, mirando indiferente a todo el mundo, avanzó hasta la gran portalada de la Magistratura Federal del Estado. Vio algunos rostros conocidos que habían llegado de Berlín, y entre ellos al nipón Húmida, que le sonreía mostrando su irregular fila de dientes. A su lado estaba Miria, llorosa, sujeta del brazo por un hombre fuerte y barbudo, que también parecía sonreírle. No sabía por qué, pero se dijo que aquel tipo sería el otro novio de Miria... Pensó si la colaboradora dejaría, ahora que había roto el hielo de sus

sentimientos para con él, a su novio viajero... No creía a Miria capaz de aceptar dos maridos... ¡Estaba guapa con su clámide carmesí y su corto pantalón gris de cristal acerado...! Era bonita de piernas y ella lo sabía... Otras mujeres, de piernas defectuosas, se las cubrían con un pantalón ancho; sí, se dijo, era bonita... Y, no sabía por qué, al pasar por su lado le pareció que el rostro perfecto de Miria se transformaba y parecía ahora el de una muchacha salvaje, vestida con un burdo atuendo de piel... ¡Thydiaya, la muchacha exótica y primitiva de Deimos! ¡Su cerebro gemelo! ¿Qué habría sido de ella? Miria no le había dicho lo que vio por última vez reflejado en la pantalla del D-3C.

El enorme rumor de voces y cuchicheos, dentro ya del amplísimo salón del tribunal de justicia, se apagó y sólo el rítmico paso de las botas de acero de la patrulla escoltando a Ranzy por medio de un gran pasillo hacia la Alta Mesa de justicia se dejaba oír. Al llegar al pie de los primeros escalones, una ingente multitud de luces dieron de lleno en la cara de Ranzy, procedentes de mil cámaras de televisión instaladas a ambos lados de la Alta Mesa. Ranzy parpadeó y al instante, cuando los soldados se retiraron un poco, abriendo la guardia, surgió del suelo un círculo de acero que ascendió envolviéndolo hasta la altura del pecho, como si estuviera metido en una jaula.

Detrás de él, Ranzy sintió un gemido ahogado y vio cómo algunas cámaras televisoras se dirigían hacia atrás. Quiso volverse, pero en aquel instante una voz potente, que fue repetida por mil ocultos altavoces, se dejó oír, diciendo:

—Vista de la causa seguida contra Ranzy Schenk, ingeniero electrónico de la Federación Alemana, por intento de asesinato.

Ranzy alzó la vista y vio a un miembro del tribunal que se ponía en pie y le señalaba con el dedo. Creyó que le preguntaban su nombre y otra serie de datos más, a todos los cuales asintió moviendo rítmicamente la cabeza. Estaba aturdido y aún no había podido recuperarse de la impresión sufrida al saberse reo de un intento de asesinato en un hombre como Yhashada-Ioda, a quién respetaba y estimaba... ¿Habría muerto el noble psiquiatra-telépata?

—... causándole heridas mortales y arrojándolo violentamente por una ventana... —parecía estar oyendo como de una voz que surgía de todas partes. Ranzy sentía calor, mucho calor y su frente estaba perlada de sudor... Se pasó la mano por el cuello y se apoyó en la barra de acero. Un individuo uniformado le apuntó con un aparato fumigador de oxígeno frío y al momento le pasó el angustioso sopor.

—... sientes culpable, Ranzy Schenk, di, simplemente ¿sí o no?

—¡No! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—No sirve tu negativa, que te perjudica considerablemente... Cien testigos te acusan y hay pruebas irrefutables contra ti. ¡Que se acerquen los hijos de Yhashada-Ioda!

Como a través de una densa bruma, Ranzy vio varias figuras borrosas que desfilaban frente a él, mirándole y respondiendo unos «síes» apagados, que

los invisibles altavoces ampliaban hasta convertir en un trueno, bramando por encima de las cabezas del público congregado. Para Ranzy era todo una pesadilla. Vio rostros, la mayoría desconocidos, escuchó su nombre y el de Yhashada-Ioda, acusaciones, palabras veladas y viles, el iracundo discurso de un acusador oculto y los rostros estáticos e impenetrables de los magistrados en su Alta Mesa, envuelta en luz fosforescente... Luego, Otto von Richdergt con algo así como una sonrisa en sus labios, roja su rubicunda faz y raso el pelo, vestido de negro, pantalón largo y coraza aisladora al pecho, grabada con varias condecoraciones oficiales. Subía los brillantes escalones que conducían a la mesa de la justicia y tendía algo al Magistrado Supremo.

Ranzy parecía estar viendo todo esto y también tenía la impresión que flotaba en un mundo nuevo, lleno de ruidos asombrosamente enloquecidos. Se oyeron murmullos agitados:

—¿Qué ocurre...? ¿Quién es ese hombre?... ¡Otto von Richdergt con un testimonio secreto aceptado por el Presidente...! ¡Esto es ilegal...! ¡La justicia es autónoma en los Estados Libres del Universo...! ¡Tenemos nuestra propia ley! ¡Silencio, silencio!

Luego, un intervalo durante el cual Ranzy sentía su rostro húmedo, pegajoso y frío; vio a su jefe inclinado sobre la mesa de la Alta Magistratura, y al hombre de la cimera roja asentir con la cabeza...

—Se suspende la sesión durante cinco minutos —gritó alguien desde algún sitio.

Ranzy no veía nada ya. Buscaba ansioso el hombre del fumigador de oxígeno; pero sólo veía rostros graves... Otto von Richdergt pasó por su lado y le palmeó el hombro sin decir nada.

—¡Ánimo, Ranzy! —creyó escuchar a Miria a su espalda.

Luego, tras un lapso más angustioso aún, los magistrados se reunieron de nuevo y continuó la vista. Pero ya fue todo muy breve, hasta que la potente voz oculta dictó la sentencia provisional:

—... por todo lo expuesto, comprobados los hechos, salvo posteriores revelaciones en favor del acusado, y ateniéndose a los atenuantes de obcecación, síntomas evidentes de «shock» mental... —Ranzy estaba recordando a Thydiaya y su rostro se le formaba en la mente, sufriendo por ella, sabiendo que se encontraba sola en un mundo de terror, envuelta en mil peligros que él mismo la había llevado... ¿No hubiera sido preferible dejarla morir junto con su tribu cuando esta fue exterminada por aquellos espeluznantes hombres verdes de Deimos? ¿Qué habría sido de ella?

Y sus reflejos metapsíquicos le decían que Thydiaya iba de sobresalto en sobresalto, arriesgando la vida a cada instante... ¿Lo decía él, o se lo decía Yhashada, cuya voz le parecía estar oyendo en su mente? ¡Qué confusión, Dios mío! ¿Por qué no estallará mi cráneo y moriré aquí ahora mismo...?

—... ha sido un colaborador científico; se le aprecia en cuantía elevada por su esfuerzo en bien de la humanidad, pero la justicia debe ser impuesta y la

Ley respetada. Por todo lo expuesto, debemos condenar y condenamos a Ranzy Schenk, natural de Berlín, inscripción B-A... 148-Z-25, a la pena benigna de un año de trabajos forzados en el lugar que el Alto Régimen Directivo Penal designe.

Luego, todo fue como un sueño. En medio, del más estruendoso griterío, escoltado por la patrulla militar, Ranzy fue sacado de la inmensa sala de justicia de Calcuta y conducido a la soleada plaza, donde un autobólido gigante, cerrado y de color plomo, provisto de armas cosmo-atómicas, le trasladó rápidamente a la Prisión Submarina de Calcuta.

Allí se le hicieron los días años a Ranzy, siempre desesperado, consumiendo cigarrillos y tónicos en cantidades industriales. No estaba permitido recibir visitas, pero Ranzy Schenk fue la primera excepción de aquella severa regla. Al quinto día de encierro, un tipo raro penetró en su celda, donde es obvio decir que el detenido no carecía de nada, a excepción de libertad, y sonriendo amistosamente se sentó en una butaca reclinable. Estuvo unos momentos observando a través de los cristales reforzados del muro la fauna marina, en su fantástica policromía, y luego se volvió a Ranzy, quien le miraba con una indiferencia rayana en la estupidez.

—¿Qué tal, Ranzy Schenk? ¿Encuentra a faltar algo aquí?

—¡Sol y mujeres, señor quienquiera-que-sea!

—Le vamos a sacar pronto... Soy un enviado del Gobierno Central... El Presidente está interesado en su caso... Dígame una cosa, Herr Schenk, ¿le gustaría cambiar su castigo en las minas de Mercurio por seis meses de servicio obligatorio en nuestras colonias de Marte...? ¡No, no me responda rápidamente! Reflexione y crea que no le hacemos un favor, precisamente... Aquello es duro, ¿sabe? De mil regresan cien y la lucha es constante y enconada, cruda y, ¡claro está! en su calidad de servicio obligatorio, permutado por un año de condena, no piense que le van a encomendar misiones cariñosas... Hay muchas posibilidades, ¡muchísimas! de no volver, por esto le pregunto si le interesa.

Ranzy miró escrutadoramente a su extraño visitante. Entornó los ojos y reflexionó cogiendo un largo cigarrillo de la mesita cercana. También durante unos largos minutos su mirada se perdió más allá del muro de cristal, viendo la policromía de aquel suelo arenoso, de aquellas brillantes estrellas, y pudo presenciar la lucha rápida de un enorme cangrejo contra un animal de una especie irreconciliable con la distancia... ¡Aquello era la vida: lucha constante contra los enemigos de uno mismo! Él había cometido —a veces creía que todo era una burda comedia— un delito... Pidió a voces ver a Yhashada-Ioda... y tenía que pagarlo, defendiendo a la misma sociedad que le condenaba... ¡No, y mil veces no! ¡Era preferible la muerte en una profunda mina de uranio y radio, en las simas mortales de Mercurio! Pero... pensó en Marte, en Deimos, su satélite del terror, y en la primitiva Thydiaya, sola, y expuesta a mil peligros. Había oído decir que las fuerzas militares

expedicionarias hacían excursiones contra naves rebeldes en aquellas lejanas latitudes, pasando por Fobos y llegando a veces a los antiguos guerreros que formaban los nombres de los asteroides, refugio de las avanzadas de Júpiter y Saturno, así como la nueva amenaza de los homúnculos de la Galaxia, cuyos proyectiles cruzaban el espacio interestelar bombardeando posiciones avanzadas de la invasión Universal Humana. ¡Pensó y recordó a Thydiaya con fuerza y vigor, como si en su cerebro estuviera ella pidiéndole ayuda! Y cuando iba a decir que no, rotundamente, dijo:

—Sí, acepto... ¡No hablemos más! ¿Dice usted que debo estar seis meses allí?

El hombre se levantó, sonriendo, y le estrechó la mano, añadiendo:

—Este convenio no es legal, pero su jefe el Profesor Richdergt ha insistido mucho con el Presidente... ¡Me alegro, me alegro de veras, Herr Schenk! Tengo confianza en que usted regresará de Marte. Le deseo buena suerte. Adiós.

Luego se marchó.

Varios días más tarde en un cohete cerrado Ranzy fue conducido, convenientemente custodiado, a la base espacial de Adjma, en el desierto arábigo. No le fue permitido despedirse de nadie, por mucho que rogó y solicitó en ese sentido al jefe de la expedición que le daba escolta.

En Adjma fue llevado directamente hasta la base central, donde el enorme cohete espacial —una astronave modernísima, movida con energía termo-cósmica de inagotable duración— en forma de puro alargado, provisto de torretas de combate, le aguardaba, junto con un pelotón de hombres, soldados de fortuna, que iban a guerrear a Marte.

Al salir del vehículo atómico que le había llevado allí, vio una gran cantidad de gente que se despedía, desde la plataforma de visitas, de los reclutas, agitando pañuelos y clámides. Se sintió triste porque le hubiera gustado ver allí a Miria y al Profesor Richdergt. Luego subió la pasarela y la agradable sombra de los corredores de la astronave se lo tragó, siempre acompañado de su escolta.

Estaba muy deprimido.

Pero Ranzy Schenk hubiera quedado profundamente sorprendido de haber visto a tres personas dentro de la estación de control de la inmensa base de Adjma, provistos de largos anteojos y contemplando con expresiones sonrientes cómo Ranzy ascendía la escalerilla de la astronave, porque aquellas tres personas eran ¡Otto von Richdergt, Miria Vetzy y Yhashada-Ioda, sin, señal alguna en su rostro de haber recibido el cruel ataque que conducía a Ranzy a la guerra!

¿Qué significaba aquello?

En los labios de los dos hombres de ciencia brillaba una sonrisa, mientras que de los negros ojos de la bella Miria brotaban dos lágrimas que corrían por sus tersas mejillas.

¡Incomprensible!

CAPÍTULO VI



L abrir los ojos, Thydiaya se encontró rodeada de la más completa oscuridad. Creyó que habría muerto y que estaba en otro mundo carente de luz.

Sentía en la boca un sabor amargo y luego sintió su espalda apoyada en algo duro, sólido y frío, como una losa.

La negrura era impenetrable.

Se movió sin esfuerzo alguno, y poco faltó para que no quedara flotando en el espacio... ¡Faltó que se desprendiera algo que la sujetaba por la cintura!

Luego, de repente, se hizo la luz. Fue un fulgente destello que le hizo cerrar vivamente los ojos. Parpadeó y vio una extraña figura a poca distancia de ella. Si Thydiaya hubiera sido una persona civilizada, habría quedado sorprendida; pero como su cerebro aún seguía siendo muy primitivo, no distinguía lo sorprendente de lo natural. Para ella, la figura del hombre que se acercaba desde una baja portezuela metálica, era un animal como otro cualquiera. Y emitía sonidos inarticulados.

Thydiaya se encontraba en un compartimiento cuadrado, de techo algo abovedado, sujeto con fuertes traviesas metálicas, sin ventanas, excepto la puerta de gruesos remaches. Y el hombre, si es que lo era, estaba enfundado en una escafandra de vuelo espacial provista de una campana de oxígeno,

suministrado por un depósito que colgaba a su espalda, algo inclinada hacia adelante, ahora, debido al examen que estaba haciendo de la muchacha. Unas manos enguantadas en goma fina, pero resistente, acarició el rostro de la muchacha, la cual, a través de la mirilla del casco, veía relucir unos ojos y el arco de dos cejas pobladas y negras. Los sonidos que aquel ser emitía surgían de unas pequeñas ranuras que había a ambos lados del casco.

Thydiaya le contemplaba con ojos muy abiertos, sin comprender nada de lo que estaba oyendo. Pero el hombre siguió examinando su boca, su nariz y, por último, le puso el guante en el pecho. La muchacha no sabía lo que el hombre buscaba, pero le veía consultar un pequeño aparato esférico que llevaba sujeto a un cable, surgiendo de la cintura de la escafandra. Luego la soltó, se incorporó y se alejó sin decir nada más.

La puerta se volvió a cerrar herméticamente y al cabo de un rato empezó a sentir un extraño mareo, como producido por la falta de aire. Thydiaya respiró anhelante y se incorporó, pálida. No se dio cuenta que desde un orificio que había en la puerta el mismo ojo de antes la estaba examinando. Y cuando Thydiaya, dulcemente, fue invadida de un sopor asfixiante, los ojos que la examinaban sonrieron... ¡Una espita casi invisible estaba introduciendo en el cerrado compartimiento distintas clases de atmósferas para dictaminar qué aire era capaz de respirar Thydiaya! Y el hombre de la escafandra ya había comprendido del todo.

Desde fuera del compartimiento donde yacía Thydiaya, inyectando el aire acumulado durante su estancia en Deimos, el individuo maniobró unos mandos que había cerca de la puerta y el aire de la estancia se volvió respirable para la muchacha deimosina. Y era un problema, porque aquellos seres respiraban otra atmósfera distinta, pero la solución estaba allí, a dos pasos, sobre una mesa de operaciones, en una de las salas contiguas.

Hacia ella se dirigió el hombre con paso tardo y al penetrar en la estancia esta se iluminó profusamente, viéndose llena de extraños aparatos, de largos y revueltos tubos transparentes, y en el centro, una mesa con abrazaderas, sobre la que, pendiente del techo, había una gran campana con dos orificios de los que surgían dos manguitos parecidos a guantes de goma. El hombre preparó todo aquello, removiendo en un armario de instrumentos, y depositó sobre una mesita próxima a la otra de operaciones —así lo parecía— un juego de herramientas y varios tubos oblongos y misteriosos. Luego salió y golpeó en una puerta, a lo largo del pasillo, dirigiéndose hacia donde yacía Thydiaya.

Otro tipo se unió a él y cambiaron rápidas palabras en un lenguaje extraño. Juntos se dirigieron al departamento de Thydiaya, abrieron la puerta y se apoderaron de ella, que les miraba con los ojos muy abiertos, y por vez primera sintió una extraña opresión, viendo cómo aquellos hombres desataban el cinturón que la sujetaba al suelo y la cogían por los hombros y las piernas.

Como un animal asustado quiso forcejear, debatirse; pero ellos imposibilitaron todos sus movimientos, sujetándola fuertemente. La sacaron

del compartimiento y a lo largo del pasillo de estrechas y metálicas paredes la condujeron hasta la sala de operaciones. Allí se asustó aún más, viendo todos aquellos aparatos retorcidos y extraños. Pero, pese a que se debatió desesperadamente, fue colocada sobre la mesa y sujetada con las abrazaderas sólidamente de brazos, cuello y piernas. Luego la despojaron de la piel de «sixen», desgarrándosela despiadadamente. Quedó inmóvil sobre la mesa, completamente desnuda, mostrando las bellas líneas de su cuerpo, que no parecieron influir en sus captores.

Después las manos ágiles de aquellos hombres trasladaron todas las herramientas dentro de la campana de cristal, que empezó a descender, movida por un resorte automático, sobre el cuerpo de la deimosina.

Cuando estuvo completamente cerrada, pálida y convulsa, la muchacha sintió que el aire empezaba a faltarle y perdió el conocimiento otra vez, sintiendo síntomas de asfixia. Al doblarse su cabeza, el individuo que dirigía la operación empezó a maniobrar, introduciendo sus manos dentro de los manguitos. Diestramente, con aquella doble, protección, asió las herramientas, y en presencia del otro, mirándole de cuando en cuando y monologando misteriosamente, inició la operación.

Primero trazó sobre el pecho desnudo de Thydiaya unos signos, valiéndose de una especie de lápiz. Luego cogió el bisturí, y con mano firme, siempre operando dentro de la campana hermética, atento a través del traslúcido cristal, rasgó el pecho de la muchacha. Brotó la sangre roja, pero un instrumento, especie de termocauterio, fue aplicado rápidamente sobre los trazos antes marcados y la sangre dejó de fluir.

Y la operación más rara que ojos humanos pudieron concebir se inició a continuación en los pulmones desgarrados de la muchacha, quien poco a poco iba oscilando su pecho, amortiguados por la presión ejercida dentro de la campana. Las herramientas fueron pasando de la mesa al pecho de la muchacha, y después, extrayendo algo de unos tubos, aplicando unos ligamentos en forma de apósitos de delgados hilos rojos. La seguridad de aquellas manos operando era manifiesta, porque ni un momento vacilaron en su delicado trabajo quirúrgico. El otro estaba observando los relojes de un regulador de aire puro, y de cuando en cuando giraba una pequeña manivela que normalizaba la respiración de Thydiaya dentro de la campana.

Por fin, el hombre que operaba dejó su instrumental y con sumo cuidado cerró la herida, aplicando una especie de soldador eléctrico a la juntura de la carne, que a modo de termocauterio enrojeció la piel, pero la unió sin necesidad de ligamentos, de tal forma que cuando terminó de pasar la punta metálica el pecho de la muchacha parecía que no había sufrido operación alguna, a no ser por las huellas de sangre sin limpiar.

Luego, los dos se dedicaron a examinar los manómetros de aire y se hicieron distintas pruebas con las manivelas. Algo así como una risita de satisfacción del cirujano se dejó oír al momento y la campana que cubría el

cuerpo de Thydiaya se levantó, dejándola libre. Entonces sucedió lo contrario de antes: la atmósfera normal que existía dentro de aquel lugar era inadecuada para la muchacha y pronto el color ceniza de su rostro inmóvil advirtió a los hombres que la operación había tenido éxito.

El uno palmoteo la espalda del otro y se alejó, saliendo de la sala de operaciones. Con evidentes síntomas de asfixia en la cara, Thydiaya abrió los ojos y quiso mover la cabeza, siendo examinada detenidamente por el hombre de la escafandra. Después de esto hubo un momento de transición y la atmósfera normal se restableció, quizá accionada desde otro lugar por el hombre que había salido, porque viendo que el rostro de la muchacha se normalizaba, el extraño hombre empezó a quitarse el casco de la escafandra, aflojando un tornillo oculto en los pliegues del cuello.

El otro personaje regresó también y digo algo a su compañero. Éste asintió y terminó de quitarse el casco metálico. Descubrió su cabeza, y Thydiaya quedó extrañadísima viendo a una mujer de rostro enérgico surgir de debajo el casco. Luego se desabrochó el buzo y quedó allí, erguida frente a ella, vistiendo una sutil ropa anaranjada, especie de jubón con bolsillos a ambos lados de los hombros, de los que surgían redondos, alargados y brillantes objetos. De uno de ellos extrajo la mujer algo que se metió en la boca. Volvió a cerrar el tubo y de otro tomó otra especie de pastillita. Su compañero estaba, quitándose también la escafandra.

Thydiaya no sabía lo que eran marcianos de la raza privilegiada de «nomos», y mucho menos que aquellos dos pertenecían al imperio de Gurk, el pretendiente al reino de Marte, sometido por las tropas expedicionarias de la Tierra hacía ya más de cien años y que no se habían resignado a convivir con sus conquistadores, huyendo a refugiarse en los lejanos planetoides, en espera de organizar la «gran batalla» contra el invasor. Estos dos, precisamente la profesora Kah-na, catedrática de Biología de la Universidad de Antares, la populosa ciudad marciana del distrito de Libia, huida con los sublevados, y el capitán Bessen, del servicio de exploración espacial, fueron los que en compañía del piloto de la espacionave de reconocimiento del gran ejército de Gurk salvaron a la muchacha «taya» del peligro del artrópodo, disparando un rayo azul de radio sobre él, y con los subfusiles cósmicos mataron el enorme arácnido. A la profesora Kah-na le había interesado la solitaria figura «taya» que caminaba cerca del estanque de ácido corrosivo, y quiso examinarla más de cerca. Así, pues, ordenó dar media vuelta a su nave espacial y acercarse a la muchacha, suspendiéndose en el aire por medio de los osciladores de vacío. Así pudieron salvar a Thydiaya; naturalmente, se encontraron con algo que preveían: los pulmones de la muchacha, debido al ambiente en que vivía, no estaban acostumbrados al oxígeno. Pero esto había dejado de ser problema para los marcianos hacía mucho tiempo. Una simple operación y el organismo cambiaba su alimentación pulmonar por otra. Esto había obligado a los súbditos de Gurk a estar con la nave invadida de la atmósfera verde de Deimos hasta averiguar cómo debía efectuarse el cambio en el metabolismo

de Thydiaya; pero como Kuh-na estaba interesada por aquella bella muchacha, pronto consiguió eliminar el inconveniente.

Ahora Thydiaya respiraba normalmente y permanecía despierta, mirando a sus captores. El capitán Bessen también se despojó de la escafandra y su aspecto no le resultó desagradable a Thydiaya. El único inconveniente era el lenguaje, pero antes de lo que se pensaba la doctora Kuh-na había de recibir una sorpresa con aquella muchacha de aspecto tan primitivo.

Y fue un poco más tarde, cuando trajo un vestido para la muchacha, que aún permanecía desnuda sobre la mesa de operaciones, mirándola con sus grandes y profundos ojos negros. Le quitó las abrazaderas y la incorporó suavemente, poniéndole sobre los hombros una delicada clámide amarilla que abrochó con una cremallera. Luego puso en sus piernas un fresco «short» y en sus pies sandalias de acero-glas. Le dio un ligero cachetito con su mano fuerte en la mejilla y la muchacha se sonrojó, mirándose el cuerpo ataviado con aquella extraña ropa.

En su lengua materna, Kuh-na dijo:

—Venga, pequeña, camina un poco —pero puso en su mente la idea subjetiva de la orden, valiéndose del influjo telepático, sin saber que Thydiaya estaba ya sometida a él.

Y cuál no sería su asombro viendo que la muchacha, dirigiéndole una sonrisa, se incorporaba y obedecía, caminando por la estancia algo torpemente.

Tanto Bessen como la doctora quedaron sorprendidos.

—¡Es maravilloso cómo ha comprendido! ¿A qué raza pertenece, pues? Hubiera dicho que era un ser primitivo —exclamó el capitán Bessen.

—Cierto, capitán... ¡Yo también lo hubiera jurado! Pienso que no será difícil enseñarla a hablar... Debe tener un reflejo mental adormecido... Tal vez no sea un ser primitivo...

Se interrumpió, viendo que Thydiaya movía los labios, diciendo algo.

Y la doctora Kuh-na comprendió al instante que Thydiaya pedía alimentos, porque su privilegiado cerebro percibió perfectamente la onda sensitiva de la demanda.

—¡Caramba, Bessen! ¿Has comprendido? —preguntó perpleja.

El hombre asintió y se dirigió rápido fuera de la sala, regresando al momento con una bandeja, sobre la que descansaban varios platos de alimentos naturales en conserva. Había pensado el capitán que alimentar aquella muchacha a base de las píldoras superconcentradas, así de repente, podría perjudicarla, y como tenían viandas naturales, para casos de emergencia, se las trajo a Thydiaya.

Ésta dio buena cuenta de todo en poco tiempo, sentada en la mesa del instrumental. La doctora se sentó en una silla frente a ella.

—Voy a poner en marcha la nave, Kuh-na —dijo Bessen.

Asintió la doctora moviendo la cabeza, sin apartar sus ojos de Thydiaya.

—Qué, muchacha, ¿cómo te encuentras ahora?

Thyrdiaya, con la boca llena de carne, emitió un sonido, pero su cerebro, que había captado la pregunta, respondió telepáticamente:

—Bien... ¿Dónde estoy?

Y cuál no sería su asombro, esta vez más sorprendente, porque el lenguaje psíquico de Thydiaya, sin que ella misma lo supiera, al transmitir su pregunta a la doctora se expresó en el antiguo dialecto alemán de los hombres de la Tierra.

—¿Hablas alemán, muchacha...?

Thydiaya se encogió de hombros y dijo, esta vez accionando los labios y la lengua:

—No comprendo bien, pero yo... —se atragantó, buscando en su mente algo para poder decir:

—¡Inaudito, fantástico! —exclamó Kuh-na, ahora en alemán, idioma que había aprendido en la Universidad de Antares—: ¿Quién eres, pues?

Thydiaya habló, al principio con dificultad, rebuscando en su mente palabras que nunca había sabido, naturalmente, pero que el incansable Ranzy Schenk había ido depositando en ella, y contó lo poco que conocía de su vida reciente. Todo cuanto había visto y oído en compañía de la tribu «taya» no pudo ser explicado. En realidad, dijo Thydiaya, su vida se inició hacía poco tiempo, cuando se miraba en la brillante agua de un arroyo y se vio el rostro. Luego, dijo, se había pasado la mano por el pelo, y todo lo demás no sabía por qué había ocurrido.

La doctora Kuh-na, intrigada, la escuchó en silencio. Aquel caso era inaudito para ella, y estaba mucho más allá de su comprensión racional. Pero no tardó mucho en relacionar el hecho de que Thydiaya hablaba alemán con algún descubrimiento reciente hecho en la Tierra por alguno de los sabios de allá, que indudablemente habría estado transmitiendo ondas en el pensamiento de la muchacha... Pero ¿cómo? ¡Para hacerlo debería encontrarse en Deimos!

—¿Y no has visto a nadie que no fuera de tu raza? —preguntó.

—No entiendo —contestó Thydiaya.

—Alguien parecido a mí o al capitán Bessen, quiero decir.

—No, nadie... Pero tengo un nombre en la mente cuyo significado ignoro... Es algo así como Ranzy Schenk.

La doctora Kuh-na reflexionó profundamente, durante largo rato. Luego se dio cuenta del desaliño de la cabellera de Thydiaya y decidió terminar de ejercer en ella su acción civilizadora. Así que dijo a la muchacha:

—Ven a mi alcoba. Quiero que te laves bien y te arregles. Le daremos una sorpresa a nuestro piloto, que no te conoce aún... Esto es un navío sideral... Hace un momento que hemos salido de Deimos, después de operarte. Ahora estamos navegando por el espacio, en dirección a Ceres, donde llegaremos

dentro de unos siete días, a más tardar...

Salieron. Thydiaya iba mirando a todas partes, como si hubiera despertado de un sueño; pero para ella, aparte del lenguaje, que seguía siendo alemán, en el que continuaba expresándose, todo parecía desconocido. El capitán Bessen se cruzó con ellas en el pasillo metálico y dijo:

—Vamos a pasar la órbita de Marte, Kuh-na... ¿No te gustaría ver un poquito aquello?

Suspiró la mujer y miró a su interlocutor:

—Ya sabes qué es lo que más deseo en mi vida; que sería capaz de morir con tal de pisar aquel suelo tan nuestro, pero me haría sufrir mucho... Ya sabes que allí tengo a mi hijo Xalt prisionero...

Como habían hablado en su lenguaje, Thydiaya no comprendió nada.

El capitán se alejó, inclinando la cabeza, y las dos mujeres penetraron en una sencilla habitación. Una litera adosada al muro, una mesa llena de libros y un pequeño microscopio estaban a la izquierda de la puerta, y a la derecha había un armario y un pequeño tocador con algunos frascos sin adornos.

En menos que se tarda en decirlo, ayudada por Kuh-na, Thydiaya quedó transformada con el uso de un detergente suavísimo y oloroso, y su cabello frotado con esencias. La doctora Kuh-na, evidentemente, disfrutaba con la transformación que veía experimentarse en la muchacha. Una ducha, adosada al muro, reducida, pero de fresca agua comprimida, le hizo lanzar femeninos gritos, y luego salió cubriéndose con la gran toalla que Kuh-na la ofreció. El arreglo del cabello y del vestido fue otra atención de la profesora. Pero al fin se realizó el milagro completo.

«¡Dios del cielo purísimo, qué maravilla!», se dijo Kuh-na, que jamás se había encontrado, ni en Marte ni en parte alguna del Universo, con una muchacha semejante. Kuh-na era una mujer ya madura y no debía afectarse por estas cosas, pero íntimamente se regocijó de su obra.

—¡Estás preciosa... Ranzy Schenk! —sonrió Kuh-na.

—No me llame así... Mi nombre es Thydiaya, hija de Thydio, el guerrero «taya»... Ranzy Schenk es mi otro yo... ¡No sé cómo explicárselo! Pero ya hace algunos días que no está conmigo... Algo debe haberle ocurrido.

Movió la cabeza la otra y admiró una vez más el conjunto de la muchacha. Debió ser de su agrado, porque palmoteo en el hombro de Thydiaya y dijo:

—Ven, te enseñaré la nave y podrás ver cosas fantásticas.

Salieron. Kuh-na sonrió al ver la cara que puso el joven piloto marciano cuando vio el cambio experimentado por Thydiaya. Estaba inclinado sobre una mesa trazadora, cubierta de gráficos y planos, provisto de instrumentos parecidos a los sextantes, pero con movimiento rotatorio propio. Uno de estos aparatos se le cayó de la mano, boquiabierto.

—Éste es Kilton, hijo de un terráqueo y una marciana... ¡Se mezcló bien la raza, pero su sangre es nuestra! Tiene el orgullo de la Tierra y la sagacidad de

Marte... Buen chico, Kilton... Esta es Thydiaya. No le hagas caso, aunque no le entenderás... No habla alemán, sólo un poco inglés.

—¡Es preciosa, Kuh-na! —dijo Kilton, sonriendo.

Kuh-na continuó mostrando la cabina de vuelo a Thydiaya, seguida de cerca del admirado piloto. Así llegaron a la pantalla televisora en la que se dibujaba nítidamente el cielo plagado de rutilantes estrellas, que Thydiaya se quedó contemplando con ojos extasiados.

—Esto es una cámara que, a modo de espejo, nos permite ver todo cuanto está situado delante de nuestra ruta y... —Kuh-na se interrumpió en aquel momento, mirando detenidamente la pantalla.

Kilton también debió observar algo, porque se acercó precipitadamente, apartando a Thydiaya e inclinándose sobre el terso cristal.

—No es un meteoro, Kuh-na. Avisaré al capitán Bessen... Apuesto a que es una espacionave que viene a nuestro encuentro...

En un momento se movilizó todo el sistema de alarma de la nave marciana. El capitán Bessen acudió presuroso a hacerse cargo de la situación y preparó los dispositivos de huida, dado que, tratándose de una pequeña espacionave de exploración, no tenía tripulación bélica, pero sí cañones cósmicos diseminados por su alargado fuselaje.

En aquel momento nadie prestó atención a Thydiaya, la cual les veía moverse en todas direcciones, maniobrando con celeridad en los mandos de emergencia. Bessen daba rápidas instrucciones a Kilton, y por su parte la profesora Kuh-na, conocedora de su misión, desapareció por el pasillo, dirigiéndose hacia la popa de la astronave.

Thydiaya siguió contemplando el extraño punto brillante que aumentaba paulatinamente de tamaño, llevando una ligera desviación que presagiaba que pronto iba a desaparecer de la pantalla. Y esta atracción empezó a reflejarse en su mente, como si algo apagado u olvidado iniciara una formación nueva en ella... Permaneció tensa por espacio de un buen rato, hasta que el punto brillante desapareció de la pantalla. Pero el extraño sentimiento psíquico se perfilaba con más claridad en su cerebro... ¡Era algo conocido, algo no lejano...! ¡Era el otro, su yo perdido!

En aquel momento, Kilton se acercó a la pantalla y:

—¡Es una astronave terráquea y nos ha visto! —exclamó Kilton.

—¡Ranzy Schenk! —gritó Thydiaya, presa de un nerviosismo inusitado—. ¡Lo siento, está ahí dentro! ¡Es él y viene a por mí, lo sé!

Kilton recogió a Thydiaya en sus brazos antes de que la muchacha cayera desvanecida.

CAPÍTULO VII


OLAMENTE fue un estallido fragoroso, que a través de los gruesos mamparos metálicos de la astronave apenas se notó. Y al momento, impulsada por la fantástica fuerza cósmica acumulada en sus reactores de despegue, se lanzó en un vuelo hipersupersónico, atravesando la atmósfera en breves minutos, dejando una rojiza estela tras él, que fue observada por los espectadores de la base de Adjma.

Luego se perdió de vista y solamente los aparatos radarscópicos pudieron seguir su curso sideral.

Para Ranzy Schenk sólo fue una leve sacudida, no mayor que el frenazo de un autobólido, y luego se sintió como si continuara habitando en un confortable «étage» de Berlín. Estaba sentado en un compartimiento espacioso, que a modo de salón de recreo, bar y lugar de juntas se extendía hasta el fondo, de unos veinte metros, rodeado de mesitas y sillones extensibles, frente a una gran pantalla cinematográfica, donde se había avisado se iba a proyectar algún documental interesante para los nuevos visitantes de Marte.

La escolta de vigilancia había desaparecido en el momento del embarque, y Ranzy se consideraba, a partir de aquel momento, como un hombre libre cualquiera, pero sin documentación. De todas formas, preocupado por sus propios problemas, se sumergió en profundas reflexiones, dejando a un lado el ambiente insólito que le rodeaba, compuesto, en cuanto a material humano, de hombres en su mayoría destinados a las bases militares de Marte. Reclutas de ojos muy abiertos que observaban alrededor con sorpresa, examinando con curiosidad los distintos departamentos de la enorme astronave. Ranzy no hizo caso de ellos hasta que vio, asomado en un dintel abovedado, un rostro vago que no le era del todo desconocido. Al momento recordó aquellas facciones,

asociándolas a una pistola atómica que le había apuntado en su lecho del hospital de Calcuta: el soldado de vigilancia Hugo.

El soldado también le reconoció y se acercó a él sonriendo:

—¿Qué tal, profesor Schenk?... Le he buscado por todas partes... Supe que estaba usted a bordo y... ¡qué quiere que le diga! me picó la curiosidad de saber cómo había quedado su caso.

—¡Hola, muchacho! De veras me alegro de verle —repuso Ranzy, incorporándose, en una breve reverencia—. También se dirige a Marte, por lo que veo.

—Sí, deseo ascender... Le condenaron, creo, ¿no?

—Bueno, tanto como condenar... ¡Han sido condescendientes conmigo, simplemente! Sin importancia... ¿Has estado alguna vez en Marte?

—No.

—Ni yo tampoco. Tengo entendido que aquello se está poniendo al rojo vivo... Me da la impresión que estamos destinados a ser carne de radioactividad.

Hugo se sentó junto a Ranzy y sonrió. Después de todo, al ingeniero no le resultaba del todo desagradable la presencia del joven soldado. Un camarero se acercó a ellos, solícito, y ambos pidieron, de común acuerdo, soda y coñac. Luego iniciaron una conversación que resultó en extremo desequilibrada, dada la condición psicológica de cada uno. No fue óbice, sin embargo, para que Ranzy y Hugo intimaran durante las dos primeras horas de vuelo, de tal forma que al despedirse el apretón de manos fue efusivo y cordial.

—Tengo el camarote en proa, Hugo; si te aburres, ven a verme y hablaremos... ¿Verdad que era guapa aquella enfermera?

—Sí, desde luego. Pero... aquella chica que vino a visitarle en el hospital... ¡Dios bendito, era «suspense and bocatti», palabra!

Ranzy sonrió y evocó a Miria. «¡Sí, caramba, lo era, y supongo seguirá siéndolo!». Se despidieron y cada uno marchó por su lado. Era, hasta cierto punto, un consuelo encontrar a alguien conocido a bordo, y Hugo, aunque algo rudo, no era mala persona. Con hombres como él había departido Ranzy en muchos «cabarets» de Berlín y en más de una ocasión había despertado con un tipo extraño durmiendo en el sofá, de su apartamento, con el que había «alternado» la noche antes; la despedida había sido cordial y efusiva, pero no se habían vuelto a ver. Con Hugo era distinto; el viaje de mes y medio hasta Marte les debía reunir con harta frecuencia y quién sabe lo que les depararía la suerte en el árido territorio marciano.

En tres días se convenció Ranzy de que a bordo no viajaba ninguna mujer, a excepción de una muchacha, ya algo madura y soltera, hija del capitán del navío. Pero estaba tan aislada en sus remotos compartimientos que solamente una vez, a mucha distancia, logró verla de perfil. Y, naturalmente, no fue de su agrado. Por esta razón, el viaje se le hizo monótono y aburrido.

Nadie le interpeló, ni se dirigió a él durante el viaje. Todo había sido previsto con antelación y Ranzy no encontró extraño su acomodo en la espacionave. Hasta notó que la oficialidad lo trataba con cierta deferencia, cosa que le satisfacía. En uno de estos rígidos y uniformados oficiales astronautas encontró a un experto en electrónica, al que tuvo que dar una verdadera conferencia de «altos estudios», ganándose la simpatía del hombre a la primera charla. Era evidente que Ranzy era mucho más experto que el oficial; esto le ganó la consideración de algunos oficiales más amigos del susodicho y hasta varias invitaciones en la cámara privada de a bordo. Incluso, a petición del propio capitán de la espacionave, se vio obligado a dar una conferencia acerca del D-3C (O.D.), que fue escuchada atentamente por mucho público, aplaudida, incluso, pese a la desgana con que Ranzy habló, únicamente pendiente del agraciado rostro de la hija del capitán, que vista, de cerca no resultó tan fea como de perfil días antes. En recompensa recibió de ella una mirada de admiración que le hizo concebir posibles intimidades.

Esto, desgraciadamente para el pobre Ranzy, no llegó a realizarse.

Un día que estaba charlando en el «ambigú» con Hugo, fue avisado por su amigo el oficial para acudir al puente de navegación, la cámara «sancta santorum» de la espacionave, donde le recibió muy nervioso el propio capitán.

—Recluta Schenk —dijo gravemente—: pese a la gran responsabilidad que sobre mí pesa, la vida de muchos hombres está sobre mi conciencia. Por ello, en contra de la rigurosa reglamentación, me veo obligado a olvidar que es usted un exprisionero, un recluta, y a recordar, lleno de esperanza, que también es un prestigioso ingeniero electrónico... Ayúdeme, por favor.

Ranzy quedó confuso a causa del extraño discurso, cuya significación ignoraba.

—Capitán, me pongo a sus órdenes. Usted me manda, y agradecido por haber acudido a mí, si en realidad le puedo ser útil en algo.

—Gracias, Herr Schenk —respiró el hombre—. En unas palabras: nuestro magnetoscopio ha sufrido un accidente. Fue un error mío no comprobarlo, pero el de repuesto está tan inútil como este. Comprenderá que el caso es grave... ¿Puede usted hacer algo con él?... En su defecto, no creo necesario decir cuál será nuestra suerte...

Ranzy asintió, recordando que existían algunas astronaves girando eternamente alrededor de varios planetas, al no poder sustraerse a la atracción gravitacional por pérdida de rumbo, y sus tripulaciones, muertas por inanición, después de muchos meses de estremecedoras llamadas de radio. Pero un magnetoscopio no era difícil para él si...

Sin decir palabra, seguido de un grupo de oficiales, se encaminó a la «carlinga» —así llamada en las espacionaves, donde se conservaba el «alma» de la navegación sideral en forma de complicados mecanismos, que requerían la presencia constante de un ingeniero de vuelo—, donde un hombre de mediana edad trajinaba con los complicados aparatos.

—Qué, amigo, ¿de qué se trata? —se dirigió Ranzy al sujeto.

El hombre no replicó, limitándose a volver el rostro un instante y resoplar con gesto contrariado. Ranzy le vio hacer durante un rato hasta que, arrugando el ceño, miró abiertamente al capitán, meneando la cabeza.

—Este hombre...

No terminó de proferir la frase. Algo ocurrió que le interrumpió. Algo insólito e inesperado, tanto que cuando Ranzy, el capitán y los oficiales que le acompañaban se dieron cuenta, a su espalda se había cerrado, automáticamente la puerta de la «carlinga» y el ingeniero de vuelo les estaba apuntando con una pequeña pistola atomizadora.

—¡No se mueva nadie! —rugió aquel hombre, transformando su expresión de fingida preocupación por una de confiada superioridad.

Naturalmente, nadie se movió. El único fue Ranzy, a cuyos labios afloró una sonrisa enigmática, al mismo tiempo que decía:

—Al momento adiviné que estaba usted «inutilizando» el magnetoscopio. Soy del oficio... Supongo que esto debe ser un sabotaje, ¿no es así?

—¿Quién es usted...? Su rostro no me resulta del todo desconocido, amigo... Pero ahora mando yo en esta nave... ¡Póngase cara la pared, con las manos muy altas, rápido!

Tanto el capitán como los oficiales obedecieron, pero Ranzy no se movió, sonriendo siempre.

—No se precipite, mocoso. Esa atomizadora no le servirá de nada... ¿Ignora que viajan en esta nave doscientos soldados? Si nos mata, ¿qué? De su piel no hay quien responda... Creo que es mejor que exponga su juego, claramente, y quizá lleguemos a un acuerdo.

—¡Aquí, quien pone las condiciones soy yo! ¡Obedezca, joven, o... le pulverizo!

—Menos burla... ¡No quiero obedecer...! ¿Qué pasa? —Ranzy se manifestó con una tranquilidad que sorprendió a los oficiales, al capitán, y, como esperaba, mucho más al individuo de la atomizadora.

—¿Eh? ¿Qué...? —barbotó el otro, esgrimiendo su arma.

—Dígame primero lo que pretende y después hablaremos... A mí me es igual morir en Marte, luchando contra los rebeldes que aquí... ¿Pertenece usted a los sublevados de Gurk, el falso pretendiente?

—El honorable Gurk no es un impostor, muchacho —rugió el hombre.

—¡Ah, terminemos! Esto es lo que quería saber. Tú eres un tipo vendido a la sublevación y, por tanto, un enemigo... Los campos ya están definidos... ¡Capitán, este hombre tiene que ser arrestado!

—¡Pe... pero...! —intentó hablar el capitán.

—Es usted un cínico, joven. Tengo que matarle —atajó, rojo de ira, el esbirro de los sublevados de Marte.

—Eso tiene fácil arreglo... Con apretar el pulsador estamos al cabo de la calle... Pero no olvides que este recinto es muy pequeño... Prueba a disparar y verás los resultados... Estás empuñando un arma de potencia reducida, pero suficiente para eliminarte a ti mismo si la disparas aquí.

Ranzy adivinó en el rostro del otro, crispado y sudoroso, la intención de pulsar el disparador. Casi creyó sentir la muerte encima, por desintegración, pero el otro vaciló:

—Mucho hablas, conferenciante...! ¿Por qué no haces como ésos y respetas tu pellejo? En este asunto no te va nada, ¿o es que quieres morir?

—¡Tal vez sí! —repuso impasible Ranzy.

Y luego, algo inesperado: Ranzy hizo un movimiento, a continuación de sus palabras, y se lanzó sobre el marciano, de tal forma impulsado hacia sus pies en «plongeon», que el saboteador perdió el equilibrio, no sin antes de que en el orificio de su diabólica arma surgiera un fatídico rayo de luz azul intensa. Se escuchó un alarido, proferido por uno de los oficiales, que se derrumbó con la espalda perforada por una gruesa brecha, quedando muerto en el acto. Los otros, incluso el capitán, saltaron en todas direcciones, reaccionando por instinto de conservación, pero ya Ranzy, con un alarde magnífico de desprecio a la vida, hacía caer a su enemigo, golpeándole sañudamente el rostro y aplastándole la cabeza contra el mecanismo de orientación de vuelo, cuyo soporte metálico recibió con sordo estallido la parte occipital del cráneo de aquel hombre, adormeciéndole los sentidos.

Dentro de la «carlinga» se armó una buena confusión. Todos pretendían maniatar al saboteador. El único en conservar la serenidad fue Ranzy, que se levantó empuñando la atomizadora y sonriendo.

—¡Vaya un «bluff» más ordinario, capitán! Pero, «picó»...

Y su sonrisa fue perdiendo intensidad en el momento mismo de proferir estas irónicas frases, puesto que la puerta de la carlinga se abrió y varios hombres de evidente y aviesa intención se perfilaron en ella. ¡Aquellos hombres vestían uniforme militar y empuñaban subfusiles cósmicos de gran potencia, pero Ranzy adivinó inmediatamente que su raza era marciana y sus intenciones subversivas! Sin hacer un solo gesto, dejó caer el arma arrebatada al inconsciente saboteador y levantó los brazos. El capitán y los oficiales le imitaron, visiblemente asombrados.

—¡Que nadie mueva un solo dedo! —exclamó uno de los aparecidos—. Son ustedes nuestros prisioneros... ¡La nave está en nuestro poder...! Y en buena lid, capitán, queda usted relevado de su mando... Limítese a obedecer y le respetaremos la vida... ¿Es usted ese joven ingeniero que el otro día habló sobre el reciente descubrimiento de la televisión sin cámara receptora, joven?

El que enmarcaba el dintel de la puerta, un tipo robusto de rostro sonriente y rictus cruel, se dirigió a Ranzy, apuntándole con el arma que empuñaba, haciéndola oscilar peligrosamente. A su alrededor, cinco subfusiles semejantes, empuñados por otros tantos sujetos, le rodeaban.

Tanto el capitán como los dos oficiales palidecieron.

—¡Es... es una sublevación en re... regla! —exclamó, tembloroso.

De todos los que estaban dentro de la «carlinga», el que pareció menos afectado fue el propio Ranzy, el cual, encogiéndose disciplentemente de hombros, manifestó:

—Bien, señores, dispongan... Den a ese un estimulante —se dirigió al que había golpeado, desvaneciéndole— y ustedes procuren que no les ocurra lo mismo. Aviso que al menor descuido atizaré...

—No fanfarronee, joven; salga y déjese de cuentos. Alinéese ahí, muy quieto. Mis hombres dirigirán ahora la nave. Tenemos preparado el evento. Les puedo anticipar que somos tropas regulares de un comando destinado al sabotaje del espacio, luchando por la restitución del Gobierno de Gurk en la jefatura de Marte... ¡Viva Gurk!

Los hombres que rodeaban al que así habló, gritaron:

—¡Viva Gurk, y viva el coronel Phil Axgur!

Luego de estos vítores inusitados, que hicieron sonreír a Ranzy, los atacantes marcianos actuaron haciendo poner de espaldas a los oficiales y maniatándolos con sólidas bandas de acero-glas, soldadas con un electrodo, que nadie era capaz de desunir, y conducidos a un compartimiento cerrado, dentro de la gran cabina de dirección de vuelo. Ranzy fue invitado a sentarse, amablemente, en una silla, mientras que tres de aquellos hombres se situaban frente a los mandos.

—No le atamos, joven —intervino el jefe de los marcianos, a quién llamaban Phil Axgur—, porque necesitamos de usted. Nos interesa tratarle con cierta consideración... ¿Entiende? Usted es un preso de esta gente que han agradecido poco su trabajo en pro del bienestar de su pueblo. Sé que ha sido condenado injustamente por un delito que no ha cometido, y se le obliga a permanecer cierto tiempo en el ejército expedicionario...

Ranzy parpadeó, sorprendido, pero no hizo el menor movimiento, sabiendo que, tras él, un sujeto le encañonaba con el subfusil de carga cósmica.

—¡Veo que está usted enterado...! ¿Es también un recluta?

Rió el otro y repuso:

—¿No ha oído a Miria Vetzy hablar de mí? Me llamo Phil...

Ranzy se dio una palmada en la frente y comprendió.

—¡El novio fantasma...! Pero usted no es marciano, ¡no puede serlo!

—¿Novio fantasma...? No le entiendo... No, no soy marciano. Nací en Nueva York, pero simpatizo con la causa de Gurk; creo que tiene razón y tengo destinado el mando supremo del ejército en Marte... ¡Tenga la seguridad que situaré a Gurk en el poder! Ahora reflexione, Herr Schenk, usted nos puede ser útil y obtener honores y riquezas, solamente con... ¡revelarnos el secreto del D-3C del profesor Richdergt!

—¿Por qué no ha recurrido a Miria?

—Es una cuestión sentimental, joven. Miria es algo muy importante para mí, pero no está al corriente de ciertas cosas como usted y el profesor Richdergt.

Ranzy hizo funcionar su cerebro y una de las primeras cosas que recordó fue el rostro barbudo que vio junto a Miria, cuando entró escoltado en la Alta Magistratura de Justicia de Calcuta. ¡Tenía una gran semblanza con éste que tenía delante! Solamente le faltaba la barba... «¡Ah, pillín, tú has venido a la tierra con intenciones aviesas! No te importa la muchacha, sino nuestro trabajo y el gran cargo militar que te será concedido si ese farsante de Gurk consigue el mando! ¡Me da en la nariz que no te has de salir con la tuya, amigo! Pero te seguiré el juego, única solución que veo en este asunto».

—Bueno, eso es lo que yo llamo hablar claro, Phil Axgur... No puedo decir que cuente conmigo abiertamente hasta que llegue el momento de poder demostrarlo... Tal vez en Marte pueda colaborar con usted...

—No, no vamos a Marte, sino a Ceres. Allí está preparándose el ejército más gigante que conoce la historia para derrocar a los terráqueos y lanzarlos al espacio. De momento, procure no moverse mucho por aquí hasta que no se lo ordene. ¿Entiende?

Ranzy asintió, sonriente.

A partir de aquel momento empezaron a ocurrir cosas anómalas a bordo de la espacionave, que se tradujo por movimientos rápidos de un lugar para otro de los hombres de Phil Axgur. Ranzy dedujo que en alguna parte de la astronave, los soldados concentrados no habían podido ser sorprendidos del todo por la sublevación y ofrecían resistencia. Sabía que viajaban más de doscientos hombres y que algunos de ellos eran marcianos disfrazados, introducidos subrepticiamente por Phil Axgur a bordo, uno de los cuales había ocupado el mando de la «carlinga», inutilizando el magnetoscopio de vuelo sideral. Él podía repararlo, pero nadie le había pedido intervenir en aquello. Así, pues, se limitó a escuchar las apagadas y secas detonaciones dentro del navío espacial y fruncir el ceño por si alguno de aquellos disparos de energía, cósmica podía perjudicar los sólidos muros de la nave sideral, en cuyo caso... «¡Bueno, alguna vez se ha de morir, qué caramba!», terminó diciéndose.

—Esto no anda bien, coronel —se acercó a Phil uno de sus hombres—. En popa se resisten las tropas y, provistos de escafandras de vacío, han salido al exterior, avanzando hacia aquí con atomizadores.

—Les resistiremos... ¡Envía un mensaje a nuestra base, diciendo que tenemos la astronave en nuestro poder, pero necesitamos ayuda para remolcarla! Gurk enviará una flotilla...

—¡Eh, Phil, mira! —gritó en aquel momento uno de los hombres que, sentados ante los tableros de mando, manejaba una pantalla visora—. Si esto no es un espacionave nuestra me como la lengua.

Acudió el coronel hacia él, examinó el disco brillante que se dibujaba sobre el cristal iluminado y exclamó:

—¡Sí, lo es! Pero es una nave pequeña, de reconocimiento... Apuesto a que pertenece al grupo de investigaciones de la profesora Kuh-na, si no se trata de ella misma... Algo podrá hacer por nosotros. Envíale un mensaje urgente —Phil Axgur se volvió hacia Ranzy, y agregó—: ¡Eh, joven, qué le parece si nos echa una manita en esto!

Pero se detuvo, viendo el extraño semblante que presentaba en aquel momento el joven ingeniero alemán, cuyo ceño arrugado y ojos entornados denotaban un cerebro concentrado en profundos pensamientos. Y no era para menos, porque una vibración inusitada se iba agrandando en su mente, diciéndole que alguien, muy íntimamente ligado a él, estaba acercándose, penetrando dentro de los límites naturales de su radiación mental, con tal fuerza y persistencia que le produjo una reacción psíquica. ¡Sabía que su cerebro gemelo estaba cerca! ¿Venía en esa nave que Phil y los otros estaban contemplando en la pantalla del televisor? Ranzy sabía que sí, porque en aquellos momentos conocía cuanto estaba ocurriendo dentro de aquella espacionave... ¡Porque él también estaba allí, metido en el cerebro de Thydiaya!

—¡Thydiaya, querida niña, cómo has cambiado!... Ésta es la doctora Kuh-na, el piloto Kilton y el capitán Bessen... Buena gente, pero adictos al farsante de Gurk, que ha influido en todos ellos, presionando en su sensibilidad. Son marcianos y quieren su libertad... ¡Bobadas, Thydiaya! Esta lucha fratricida no tiene razón de ser. ¿Qué más da quien mande, si manda bien? Gurk es un farsante y quiere abusar de su linaje ancestral para declarar la guerra... ¡Es una causa perdida! ¿Verdad que lo sabes, Thydy, querida? ¡Qué guapa estás así, arreglada! La clámide un poco amplia, pero linda... Mira, no dejes que Bessen dirija esa nave hacia aquí. Procura desviarle, dile que el mensaje es un cuento, que los quieren capturar... ¡Que esto es una espacionave terrestre! Dile que el mensaje de Axgur es un mito...

Ranzy ya no se sorprendía de los fenómenos de su mente. Había reflexionado demasiado acerca de ellos y sabía que esto era posible. ¡Él y Thydiaya podían estar en dos sitios distintos porque eran un solo ser, un complemento! «¡Yhashada-Ioda, qué razón tienes...!».

Y al cabo de un rato de estar viendo lo que ocurría en la espacionave exploradora de la profesora Kuh-na, sin moverse del lugar donde estaba, contemplando la recia espalda de Phil Axgur inclinado sobre la pantalla del televisor, oyó exclamar:

—¡Se aleja, coronel! Algo ocurre...

CAPÍTULO VIII



LGUNOS hombres, al parecer adictos a Phil Axgur, penetraron corriendo en la dirección de vuelo, llevando subfusiles en la mano y en el rostro pintado el desconcierto.

—¡Coronel, nos están ganando terreno! Han avanzado sobre el centro y nuestros hombres no los pueden contener... Han ocupado un depósito de armas y vienen pertrechados hacia aquí.

—¡Que nadie pierda la serenidad y cerrad bien las compuertas! Yo les hablaré —Phil se encaminó serenamente hacia el cuadro de mandos, y conectando un fonovisor de órdenes se llevó el micrófono a la boca, diciendo—: ¡Eh, atención; os habla el coronel Axgur, del ejército del Presidente Gurk! Deponed las armas y no ocurrirá nada. Tenemos ocupada la dirección de vuelo y dirigimos la astronave. Si pretendéis penetrar aquí lo destruiremos todo y ya sabéis cuál será vuestra suerte. Nosotros estamos dispuestos a morir por nuestro jefe... ¡Haremos explotar las cargas de energía cósmica!... Si obedecéis, vuestras vidas serán respetadas y después que lleguemos a nuestra base, si queréis luchar a nuestro lado obtendréis honores, si no, podréis volver a vuestras casas libremente.

Ranzy sonrió, aunque le hubiera gustado oír lo que los terráqueos pensaban de estas fáciles promesas. Él, personalmente, no las creía, pero resultaba bonito dicho de aquella manera. ¡Phil Axgur no era tonto! Los marcianos eran diez o doce, contra trescientos soldados y oficiales de la Tierra, pero en una cosa tenía razón Axgur. ¡En el momento que quisiera podría hacer estallar la nave! Y esto era cosa de pensarlo un poquito.

Luego se oyó la voz de la hija del capitán:

—¿Dónde está mi padre...? ¡Asesinos, le habéis matado!

—Aquí no se ha matado a nadie... Sólo ha ocurrido un accidente con un oficial que todos hemos sentido... El ingeniero Schenk, aquí presente, puede atestiguarlo... ¡Venga usted, Herr Schenk, y hable a esa gente! Diga a la señorita Darova que su padre está bien, pero encerrado.

Ranzy, de mala gana, se levantó y se acercó a Phil Axgur, que tenía el micrófono en la mano.

—Es cierto, señorita. Su padre está bien.

—¡Usted también es un traidor, ingeniero Schenk! —y Ranzy reconoció la voz de Hugo, el soldado que aspiraba a ascender luchando en Marte.

—¡No, no lo soy! Me tienen prisionero solamente. No puedo hacer nada. ¿Qué queréis que haga?

—Luchar contra esa gentuza, como nosotros —gritó una voz desconocida.

—Muy bien, venid a ayudarme y sabréis lo que es morir dulcemente, apenas sin sentirlo. Vale más que os pongáis de acuerdo y hagáis lo que os parezca mejor, pero recordar que toda la dirección de la nave está en manos de esta gente...

Ranzy habló tranquilamente, pero estaba viendo algo sorprendente. Su otro yo —Thydiaya— estaba navegando por el espacio alejándose de ellos, a bordo de la pequeña espacionave del capitán Bessen y en aquel momento —Ranzy lo veía por Thydiaya— a bordo de ella estaba ocurriendo algo insólito: el vibrador de tele frecuencia recibía un mensaje que Thydiaya, inclinada sobre el hombro de Kilton, pretendía leer. No lo conseguía, pero Ranzy estaba leyéndolo fácilmente a través del cerebro de Thydiaya.

«Atención, naves de exploración y patrullas de comandos del poderoso Ejército Marciano del Presidente Gurk. Atención, repetimos... Una gran astronave de soldados de la Tierra se dirige a la base marciana de Elíseo en la región de Phlegra. El coronel Axgur se ha apoderado de los mandos y necesita ayuda. Acudir a interceptar el paso de las naves de la base de Marte, dispuestas a salir en su ayuda... Importante capturar ese navío y al ingeniero Ranzy Schenk vivo... Muy importante... Aviso a todas las naves de Exploración del poderoso Ejército Marciano del Presidente Gurk: misión importante...».

La doctora Kuh-na también leyó el mensaje que le transmitía Kilton y acudió rápidamente a la sala de transmisión de vuelo, cogiendo a Thydiaya del brazo y mirándola fijamente a los ojos.

Ranzy también escuchó la pregunta:

—Thydiaya... Ranzy Schenk está viniendo hacia nosotros... ¿Sabes quién te digo? ¡Tú otro yo es alguien muy importante para nosotros! ¿Sabes de él?

Thydiaya respondió con lentitud, bajando la vista al suelo:

—Sí, ya lo sé. Pero Ranzy no traicionará a los suyos.

—Tú estás en su cerebro también... ¿Conoces el ingenio D-3C que él ha inventado?

—No, a esto no llego. Mi capacidad en su mente es secundaria. Él me enseña otras cosas... Aunque puede ser que pudiera hacer algo por él... Doctora Kuh-na, le estoy muy agradecida por todo cuanto ha hecho por mí... Yo, en realidad, no sé ni quién soy, pero ni Ranzy Schenk ni yo hacemos las cosas mal... Si considera que debo ser vigilada y encerrada, hágalo ahora mismo. Sepa que estoy en contacto con él hace rato y no queremos ser

desleales con usted... Pero a la menor oportunidad que tenga, haré cuanto pueda para reunirme con él, y sea cuales sean los métodos que tenga que emplear... ¡En la guerra, todas las armas son buenas!

Kuh-na levantó la cabeza vivamente sorprendida, mirando a Thydiaya. En su mente no podía concebir la transformación experimentada por la bella muchacha salvaje, recogida en Deimos y convertida en esta apuesta y arrogante enemiga, que declaraba abiertamente sus sentimientos.

En realidad, era Ranzy quien hablaba, y al mismo tiempo lo hacía con Phil Axgur, diciendo:

—No estoy de acuerdo con vosotros, pero por salvar mi vida y la de mis semejantes, cedo, por ahora. No contéis conmigo, excepto para salvar el navío. Luego la lucha continuará. Sigo siendo el recluta al servicio de mi patria, que está prisionero del enemigo... ¡Así que a obrar, que luego no quiero sorpresas!

Axgur arrugó el ceño, pero terminó sonriendo:

—Eres un enemigo sincero... —levantó la voz y se dirigió a los que escuchaban al otro lado de los mamparos metálicos—... El ingeniero Schenk ha sido sincero y se lo agradecemos. Se declara enemigo nuestro y, pese a ello, le perdonamos la vida. Dice que luchará contra nosotros cuando tenga ocasión... Me parece que Schenk vale mucho más que todos vosotros... Nada más. Cuando os parezca bien, podemos empezar la fiesta, y os prometo que cuando pongáis el pie en esta dirección de vuelo, la astronave volará por el espacio, desintegrada... ¡Viva Gurk!

* * *

Por lo visto, el estado mayor del ejército del impostor Gurk estimaba en mucho la vida de Schenk, informado convenientemente por su servicio de espionaje situado en la Tierra, porque en el mismo momento que el joven hacía su trato con Axgur, una potente flotilla de espacionaves de combate salían de sus bases de Ceres, dirigiéndose a fantástica velocidad en socorro del coronel Phil Axgur.

Por otra parte, el capitán Bessen, por primera vez y de acuerdo con la doctora Kuh-na, decidió no acudir a la ayuda ordenada, portando a bordo algo que podría ser tanto o más valioso que la presencia de Ranzy Schenk en persona: su cerebro gemelo. Kuh-na estimó, una vez analizado el fenómeno de la doble personalidad de la muchacha, que Ranzy Schenk podría ser atraído teniendo ellos aquella chica que estaba dentro de él. Porque Kuh-na era una biólogo-naturalista-psiquiatra, de los más preparados que habían salido de la Universidad Marciana de Antares, y el nombre de Yhashada-Ioda no era desconocido para ella. Así, pues, rumbo a Ceres, con su precioso cargamento, descubrieron que para las bases de exploración militar de la Tierra en Marte tampoco había pasado desapercibido el motín de la astronave terráquea.

La operación «12-Tierra» se estaba preparando hacía tiempo en espera de localizar el refugio de los rebeldes, que el Gobierno Central de París había

prometido averiguar por medio del aparato televisor del profesor Richdergt, aunque, dicho sea de paso, en la Tierra no le daban al ejército de Gurk la importancia que merecía, y esta operación de exterminio iba siendo demorada día a día, siempre en espera de instrucciones, limitándose a las pequeñas pero enconadas escaramuzas, de las patrullas ligeras de combate.

Pero ahora, el asunto tomaba otro cariz, porque en la base militar de Elíseo se captó un mensaje de la astronave que procedía de Adjma, enviado por un aparato auxiliar de radio de alta frecuencia, donde se explicaba lo que sucedía a bordo. Al mismo tiempo, se recibieron los mensajes del ejército marciano sublevado y el general Hitchok, Comandante en Jefe de las Fuerzas Expedicionarias terráqueas, tomó cartas en el asunto, y más sabiendo que Ranzy Schenk estaba a bordo, como le había sido comunicado por cable cifrado, directamente del Presidente.

En menos de media hora se movilizó todo el ejército y miles de astronaves de combate salieron, dispuestas a la lucha. Se había localizado a la astronave terráquea a medio millón de kilómetros, en desviación de vuelo especial, debido a la falta de dirección, y en ruta hacia el cinturón de asteroides por donde estaba diseminado el camuflaje del ejército de Gurk. Pero también en aquella coordenada sideral se estaban pertrechando una ingente masa de pequeñas espacionaves, modernizadas con cañones de radiación cósmica de alto poder desintegrante, que mandada por el propio Gurk y su Estado Mayor acudían a presentar combate.

El navío de exploración del capitán Bessen llegó, forzando su velocidad de vuelo, a la base de Ceres media hora antes de la salida de Gurk, y en una entrevista urgente, la doctora Kuh-na puso en conocimiento del aventurero el huésped que llevaban en el navío. Gurk no daba crédito a lo que oía y miró profundamente preocupado a Kuh-na.

—¿Qué Ranzy Schenk tiene un doble?... ¿Una muchacha salvaje de Deimos? ¡Profesora, mucho la estimo y aprecio su valía, pero...! —Gurk era un tipo alto, fuerte, arrogante y de rostro pequeño. A través del casco de acero transparente que llevaba sobre la escafandra polícroma que vestía, puesto que Ceres no tiene atmosfera, miró a la mujer escrutadoramente y sonrió—: No puedo perder tiempo ahora. Pero traiga a mi nave a esa muchacha y venga usted también... Durante el viaje hablaremos y la interrogaré personalmente. Ahora no puedo perder tiempo... ¿Ha tenido buen viaje, profesora?

Quiso ser amable, dentro de su despotismo, con la mujer, que quedó un tanto decepcionada por la acritud con que fue tratada. Pero se repuso, y regresó a su navío, comunicando a Bessen las órdenes recibidas. El capitán, lleno de orgullo, y en compañía de Thydiaya, se dirigieron en un pequeño deslizador —especie de automóvil propulsado por energía atómica— hasta el lugar desde el cual la enorme escuadrilla de astronaves se disponía a partir.

Los oficiales del Estado Mayor acogieron afablemente a la doctora y la hicieron subir a bordo, admirando todos la belleza de Thydiaya, que actuando

como Ranzy le decía, pasó orgullosa ante ellos, alta la cabeza, sin mirar a nadie.

—¡Bravo, pequeña! —le dijo Ranzy, desde la enorme distancia en que se encontraban, dentro de la cabina de la nave saboteada por los sublevados marcianos al mando de Phil Axgur.

—¡Bravo, «kind»! —repuso ella, sonriendo mentalmente.

—Ahora le daremos a ese pretendiente su merecido... Te aseguro que nos va a oír, Thydy.

Ella, ascendiendo por la escalerilla, volvió a sonreír... Pero pensaba si Ranzy Schenk tendría el aspecto exterior tan apuesto como aquellos oficiales marcianos. ¡En realidad Thydiaya y Ranzy no se conocían, y la muchacha estaba deseando ver la cara a su cerebro gemelo! En el fondo, Thydiaya no dejaba de ser mujer.

Ranzy captó esta muda pregunta y arrugando el entrecejo se miró de arriba abajo... «No es que sea un Adonis, pollo, pero Thydy no quedará decepcionada. ¡Al menos Suzy, Emma, Betsy y etc., etc., así lo decían! Aunque Miria no lo demostró más que una vez, y era porque yo estaba enfermo...».

—Si salimos de esta, cosa que dudo, Ranzy, ya me dirás quiénes son esas chicas que dices... —oyó decir a Thydiaya.

—¡Brrr! —exclamó a viva voz Ranzy, haciendo que el hombre que le apuntaba con el subfusil le mirara sorprendido.

—¿Qué le pasa, joven?

—Estoy hablando con Thydy... ¡Está celosa ya! ¡Malo!...

El otro le miró de un modo harto elocuente y parpadeó.

Thydiaya fue conducida inmediatamente a la cámara de Gurk. Dos robustos soldados custodiaban la puerta y un edecán advirtió al pretendiente al gobierno de Marte la presencia de la doctora Kuh-na y la bella muchacha.

—Que pasen —oyó Thydiaya gritar desde adentro. El edecán se hizo a un lado. Kuh-na empujó suavemente a Thydiaya hacia dentro.

Lo primero que vio la muchacha, desde el mismo dintel, fue la recia constitución de Gurk, quien se estaba despojando de la escafandra, ayudado por dos asistentes. La estancia era sobria y se componía de una gran mesa cubierta totalmente de un plano de coordenadas en espiral y debajo, con otros gráficos y a tinta roja, el hemisferio universal con sus constelaciones. Un sextante giróscopo se deslizaba sobre la mesa.

—¡Vaya, vaya, doctora Kuh-na! ¡Qué sorpresa más agradable! —sonrió Gurk, francamente impresionado—. Esto no es lo que me había dicho...

—Es Thydiaya, el cerebro hermano de Ranzy Schenk... —empezó Kuh-na, algo turbada por la franca admiración de Gurk, poco diplomática. Kuh-na era una convencida de las justas aspiraciones de Gurk, y cuando se forma una idea grande de un personaje, resulta ingrato verle con reacciones y apetitos

vulgares. No era otra la causa de su desagrado, viendo que Gurk prestaba más atención al tipo esbelto y bien formado de Thydiaya, que al motivo que allí la traía.

—¡Bueno, doctora!... Ya me explicará en otra ocasión eso del cerebro humano... Salga, y luego hablaremos... Vosotros también, dejadme con esta muchacha...

—¡Excelencia, yo...! —intentó decir Kuh-na.

Gurk sonrió aviesamente, pasándose a continuación la roja lengua por los húmedos labios, finos y bien dibujados, y dijo:

—Ya hablaremos... ya hablaremos... Interrogaré yo solo a esta muchacha, profesora... ¡Salga, he dicho! —terminó gritando.

La doctora, con una gran decepción en su alma, dio media vuelta y, precedida de los dos asistentes, salió, dejando a Thydiaya erguida frente al robusto aventurero.

—Dime, pequeña: ¿cómo te llamas? —preguntó meloso, acercándose a ella y tendiendo la mano hacia el rostro de la muchacha.

Y le acarició el mentón.

«Atízale, Thydy; este tío es un «cara dura».

La mano de Thydiaya pareció obrar por influjo de los poderosos músculos de Ranzy Schenk, y el rostro sonriente de Gurk fue lanzado hacia atrás violentamente, a causa del golpe recibido en plena boca.

—¡Maldita...! ¡Creí que no quedaban gatas en este mundo!...

Se frotó la boca y terminó lanzando una carcajada. Miró a Thydy ya de arriba abajo y su sonrisa se acentuó.

«¿De qué se ríe este tipo?... —Ranzy percibió perfectamente como el navío de Gurk se deslizaba lentamente y tomaba vuelo vertiginoso, sin que Thydiaya notara que estaba ya volando por el espacio, agitada de un extraño nerviosismo—. Fíjate en aquel rincón... Aquello es un detector cosmoatómico, y, si sabes usarlo, te haces dueña de esa flotilla... Aquí empieza el jaleo y zumban los disparos... ¿Verdad que oyes las explosiones? Son los míos, contra las naves de exploración marcianas. Espero que los nuestros derroten a esa gente antes de que llegue la flota en la que estás; de lo contrario, no vas a poder verme esta cara tan simpática que tengo... ¡Como se acerque, le atizas otro!».

Gurk iba a añadir algo, pero Thydiaya le interrumpió:

—Eres un grosero, Gurk, o como te llames, pero yo no pienso ser un juguete en tus manos...

—¡Caramba, si hablas alemán! ¿Eres acaso de aquella región de la tierra?

—No; yo nací en Deimos, en la tribu «taya» de Thonyo. Mi cerebro gemelo, Ranzy Schenk, es de allí. De él he aprendido la lengua de la Tierra.

—Pues no lo digas a nadie, pequeña, porque toda esta gente me tienen por hijo de Gurk, Emperador de Marte, pero yo soy casi paisano tuyo. Nací en

Suiza, y vine de pequeño a estos mundos... para ser el Emperador más temido de la Galaxia, y... ¡tú podrías ser Emperatriz!

«¡Diablos, Ranzy, Emperatriz! —se dijo el joven—. Esto no me gusta, Thydy; me parece que la cuestión sentimental no la tuvo Yhashada en cuenta... A ver quién es el guapo que osa tocar...».

* * *

A muchos miles de kilómetros de ahí, en la Tierra, en una pequeña habitación, tres personas arremolinadas sobre el cuadro iluminado del televisor D-3C experimentaban sentimientos antagónicos. Unos eran de satisfacción por el deber cumplido; otros, de orgullo por el triunfo conquistado, digna gloria que como colofón a una vida de intenso estudio veía ahora en aquella pequeña pantalla el más grande triunfo conseguido por la humanidad, en su constante evolución... Y otro sentimiento era triste, muy triste... ¡Porque Miria había estado siempre enamorada de Ranzy, y en este momento se dio cuenta de que no podría conseguirlo nunca!

—Yhashada, eres el genio más grande de la historia de la ciencia —exclamó Otto von Richdergt, palmoteando en la espalda de su viejo amigo.

—En todo caso —repuso el indio gravemente—, mejor es decir somos. Sin ti, mi teoría no pasaría de ser un sueño utópico... ¡Hemos triunfado, Otto! Y tú has recuperado a un ayudante valioso, que hubiera perdido su capacidad mental en los labios de cualquier mujerzuela...

—¡No hable usted así, profesor Yhashada! —interrumpió la muchacha, cuyas gafas de protección estelar ocultaban unas lágrimas.

—¡Miria! —gritó Richdergt—. ¿Tú también quieres a Ranzy?...

Ella prorrumpió en francos sollozos y se refugió, en el pecho de su jefe, estremecida en llanto. La escena no pudo ser más inesperada para los dos hombres de ciencia, que se quedaron mirándola con la boca abierta... Detrás de ellos, sin prestarles atención alguna, continuaba Ranzy sentado en su silla, custodiado por un soldado de Phil Axgur... al parecer indiferente a lo que estaba ocurriendo en su laboratorio de la D. W. A. Building.

—¡Le quiero más que a mi vida, profesor! —exclamó ella—. Siempre le he querido, pero era tan... Por eso hizo usted el experimento con él, y yo, sí... yo... ¡si hubiera supuesto que terminaría así...!

—¿Pero no tienes a Phil Axgur como novio? —preguntó Yhashada, perplejo, comprendiendo que conocía mucho el cerebro de las personas, pero poco el corazón.

—Phil es un buen muchacho y valiente... Tienes un gran porvenir con él... El Presidente me dijo la semana pasada que piensa concederle la más alta distinción por sus relevantes servicios prestados en el mando de Contraespionaje Interespacial... ¡Serás la esposa del general Axgur!...

—Sí —musitó ella—. Phil no merece esto, y más ahora que está velando porque Ranzy salga bien del lance, pero... ¡amo a Ranzy! Hemos trabajado

juntos tanto tiempo... Ha sido conmigo tan... No sé cómo decirlo... pero le amo, y ahora... ahora ya no podrá ser nunca...

Los dos hombres no salían de su asombro. El profesor Richdergt, confuso, acarició suavemente el sedoso pelo de la muchacha, como buscando palabras para aconsejarla. Yhashada-Ioda comprendió también que las grandes cosas no benefician a todo el mundo: ¡el éxito de su teoría de los cerebros gemelos había unido a Thydiaya y a Ranzy Schenk, y abría un gran campo a la biología moderna, pero destruía el amor de una bella muchacha!

«¡Sí, quizá fuera un fracaso!...».

—Yo, Miria —dijo por fin Otto von Richdergt con voz grave—, siento muchísimo lo que te sucede. ¡Cómo podía imaginar yo que salvando a Ranzy te perjudicaba a ti! De haberlo sabido, muy distinto habría sido esto! Pero mira el D-3C y contempla a tu novio Phil, mírale qué arrogancia y qué hombría. Yo, en tu caso, no sabría a quién elegir, si a Ranzy o a él. Son dos talentos: nuestro muchacho, una promesa científica, y Phil Axgur, un valiente futuro general jefe del Servicio de Información Interespacial.

—Sí... —dijo tristemente Miria—. Phil vale mucho, por eso le quiero, pero Ranzy es de otra manera... ¡Es lo que toda mujer quiere!

Y Yhashada-Ioda, que fijó su atención en la pantalla del D-3C por unos momentos, palideció, exclamando:

—¡Mirad!... Me temo que les vamos a perder a los dos...

En efecto, en la pantalla se vio en aquel momento algo inusitado: Ranzy se levantó rápidamente del asiento que ocupaba, y desde un lugar invisible un rayo azul vivísimo surcó el espacio haciendo saltar brillantes chispas en las planchas metálicas. Ranzy cayó a los pies de Phil y alguien disparó un subfusil. Destellos incandescentes inundaron la pantalla...

—¡Ranzy!... —gritó Miria, y luego agregó—:

CAPÍTULO IX



HIL AXGUR se daba cuenta que no podría mantener por más tiempo la farsa sin que su doble juego se volviera perjudicial para sus propios amigos, porque Phil era, como había dicho Richdergt, uno de los puntales más importantes del Contraespionaje del Universo Federal, con Gobierno en la Tierra, infiltrado en el alto Estado Mayor del Ejército Revolucionario del aventurero Gurk. Fue él, precisamente, quien, de acuerdo con Miria, Yhashada-Ioda y el Profesor Richdergt, en casa de este último, preparó la fingida agresión, aprovechando el narcótico que Miria administró en el café de Ranzy, cuando le fue a visitar en el laboratorio, donde llevaba bastante tiempo solo.

Todo había salido a pedir de boca, y Ranzy, trasladado a Calcuta, acusado por los hijos de Yhashada-Ioda, fue encerrado dentro de la cámara de un cardiógrafo, en combinación con el director del hospital. La condena de Ranzy, no obstante, fue real y verdadera, sólo que Richdergt se había puesto de acuerdo con el Presidente de la Federación, logrando la cancelación de su condena, con tal de trasladarlo a Marte, siempre vigilado por Phil Axgur, cuya misión en Marte era muy compleja, aparte de procurar que Ranzy se encontrara con Thydiaya.

Esto había sido el complot de los amigos de Ranzy; a tal fin destinado, que desde Yhashada-Ioda, que ambicionaba demostrar su teoría, hasta Miria, ocultando en su pecho un sentimiento amoroso por Ranzy, pasando por el mismo sentimiento hacia Miria de Phil Axgur, y por la paternal protección de Otto von Richdergt sobre Ranzy, ambicionando apartarle de una vida de crápula, nada edificante, Ranzy era un sencillo conejo de indias, ignorante de todo cuanto a su alrededor ocurría, que ahora las cosas tomaban sesgos muy distintos e insospechados. Y uno de estos, aparte del problema íntimo de Miria, era que tanto Ranzy como el maquiavelista de aquel asunto, Phil Axgur, estaban a punto de perder la vida, en unas circunstancias harto desagradables, por no aquilatar acertadamente los riesgos del asunto.

Y era así. Ranzy que el primero en darse cuenta que la flotilla de vanguardia de los exploradores marcianos estaba a poca distancia, porque dentro del cerebro de Thydiaya, cuando esta se disponía a rechazar una nueva tentativa de Gurk, el edecán llamó a la puerta, para trasladarle un mensaje. Gurk miró torvamente a su ayudante y cogió el papel.

Lo leyó y dijo:

—Pues si se resisten, que lo destruyan...

—Está el coronel Axgur dentro, Excelencia... ¡Y ese sabio alemán!...

—¡He dicho que les destruyan, no importa quién haya dentro!... Es posible que Axgur termine siendo un estorbo para mí, con el tiempo... ¡Ahora, retírese, y no me moleste hasta que no lleguemos allá!

El edecán se retiró, saludando; Thydiaya perdió un tanto de su aplomo, y Ranzy sintió perlarse su frente de sudor. No fue por mucho tiempo, porque algo atrajo su atención. Por el altavoz que ocupaban los soldados de la tierra, sintió la voz del oficial que había hablado antes:

—¡Eh, vosotros, los rebeldes!... Hemos localizado una flotilla de vuestras astronaves que vienen en vuestro auxilio... ¡Hemos decidido morir todos antes de entregarnos! ¡Vamos a atacar la dirección de vuelo con armas cosmo-atómicas! ¡Defendeos!

Ranzy apenas tuvo tiempo de lanzarse al suelo, porque una lengua de fino fuego azul abrió una brecha en el mamparo metálico, cruzando por dónde había estado él hacia el tablero de mandos. Dos hombres de Axgur se retorcieron en sus asientos de vuelo, y el propio coronel, viendo y comprendiendo que aquello se complicaba demasiado, ayudando a Ranzy a levantarse, corrió hacia la carlinga. «Corre, muchacho —se dijo in mente el agente secreto—; ahí fuera tienes un pequeño aparato de emergencia», sabía que no tenía tiempo de identificarse con los soldados terráqueos, que dispararían y preguntarían después, y además, en el momento de asir el pomo de la puerca, un estremecimiento sacudió toda la gran astronave.

La flotilla de vanguardia de los hombres de Gurk disparaba ahora contra la astronave. Algún impacto habría dado en ella, y, pese a la coraza protectora antidesintegrante, Phil sabía que no tardarían en perforarla.

Ranzy corrió tras él.

—¡Cuidado, coronel! —gritó un marciano, dirigiendo su subfusil hacia Ranzy, pero otro hilo de luz azul, atravesando la puerta donde estaban los soldados adictos a la Tierra, le atravesó el pecho, matándole en el acto.

Ranzy saltó sobre Phil y le sujetó por el cuello, en el mismo umbral de la carlinga.

—¡No seas imbécil, herr Schenk!... No tengo tiempo que perder...

Un nuevo estremecimiento, seguido de una horrísona explosión, volvió a sacudir la nave, y a consecuencia de la enorme vibración tanto Phil como Ranzy rodaron por el suelo, dentro del pequeño cuarto del magnetoscopio. Un

marciano, conocedor del camino que pretendía seguir Phil, a quién seguía considerando su jefe, corrió tras ellos, arrojando el subfusil, pero Phil, que se incorporó antes que Ranzy, de un violento puñetazo en plena boca lo lanzó hacia fuera, cerrando la puerta, cuando un arma de amenazador aspecto les apuntaba desde la brecha abierta en el mamparo opuesto.

—Corre, muchacho, ahí detrás hay una escalerilla y un tubo de succión con aire comprimido. Te llevará a la cámara inferior de emergencia. Un pequeño cohete, capaz de llevar dos personas, nos sacará de aquí...

—Pero... —le interrumpió Ranzy, mirándole perplejo—. ¿Quién es usted, en realidad? Sé que Gurk ha ordenado eliminarlos a todos...

—¿Qué sabes que Gurk...? ¿Te lo ha dicho Thydiaya?... Ya me contarás eso después, y yo te explicaré a ti varias otras cosas, por ejemplo, que Yashada-Ioda es un pillín que te ha engañado de acuerdo con Miria y Richdergt... ¡Ahora, vamos, no tenemos tiempo que perder!

Phil sonrió de oreja a oreja y corrió, rodeando la gran máquina del magnetoscopio. Exactamente detrás de ella, en el suelo, había una escotilla redonda, protegida por gruesos pasadores a presión, que el jefe de Contraespionaje Terráqueo abrió precipitadamente.

—¡Métete ahí y déjate caer sin miedo, vivo!

Ranzy, con la cabeza hecha un volcán, obedeció, lanzándose al vacío. Sintió una gran corriente de aire que le atraía, como chupado por una gran ventilación interior, y su cuerpo corrió raudo dentro de un estrecho y negro tubo. Al momento cayó en una pequeña sala frente a un aparato que tenía la portezuela abierta. Trepó a él, asiendo los mandos, en el momento que detrás de él caía Phil, doblando las rodillas.

—¡Vamos, dirige eso! —le gritó, subiendo y cerrando la portezuela del cohete. En el mismo instante de cerrar, frente al acorazado cristal de la cabina que dirigía Ranzy, que se dio cuenta rápidamente de cómo funcionaba aquello, la compuerta frontera se abrió descubriendo el vacío, en el que en aquel momento revoloteaban cientos de pequeñas astronaves disparando en todas direcciones.

El cohete de Ranzy salió disparado por la abierta compuerta, y en el mismo instante, precisamente como si algo oculto y poderoso hubiera estado aguardando a que ellos partieran, la poderosa astronave terráquea despidió un vivísimo destello anaranjado y un millón de fragmentos salieron despedidos en todas direcciones, en pos de los aparatos interplanetarios que la rodeaban.

Ranzy y Phil se habían alejado en un segundo lo bastante para no ser cogidos dentro de la onda expansiva, que pese al vacío reinante sacudió todas las moléculas radiactivas, impulsándolas a velocidades fantásticas en todas direcciones. Pero el peligro no había cesado para los dos hombres, porque desde las astronaves marcianas vieron cómo surgía el pequeño cohete brillante y supusieron que allí huía alguien. Un mensaje de radio fue transmitido al momento, pero Phil aconsejó no contestar.

—Dirígete hacia allá, donde el planeta rojo nos alumbra. Por allí han de venir los nuestros...

No bien terminó de decir estas palabras, surgieron como centellas las saetas siderales del General Hitchok, que arremetieron contra los sublevados, organizándose al instante el duelo más fantástico que en aquellas coordenadas podía darse. Los vivos destellos luminosos de los cañones cosmo-atómicos eclipsaron el fulgor de las estrellas, y aunque las explosiones no se oían más que en las cadenas de radio, las ondas explosivas sacudían el pequeño cohete, que avanzaba ígneo en su ruta, dando bandazos a diestro y siniestro.

—Tenemos aquí un cañoncito de diez milímetros de abertura... Conduce hacia aquellos y yo dispararé —dijo Axgur, que sentía arder en su sangre la furia del combate espacial.

—Están ganando los aparatos de la Tierra, Phil... ¿Contra quién vas a disparar? porque no me fío un pelo de ti.

Phil rió estruendosamente y Ranzy le miró por encima del hombro.

—¡Eres gracioso, Ranzy!... ¿No me crees, aunque te diga que no cambio a Miria por todos los honores del impostor Gurk?

Ranzy no escuchó estas últimas palabras. Sabía tan cerca a Thydiaya, aproximándose al lugar de la batalla a bordo de la astronave de Gurk, que su cerebro vibraba desacompasadamente.

Thydiaya estaba forcejeando en los brazos de Gurk.

—¡No te dejes coger, muchacha! —le gritó Ranzy—. Dale con ese giróscopo en la «testa». ¡Vivo!

Thydiaya se debatía en los brazos de Gurk, que pretendía ansiosamente besarla, cuando tropezaron con la mesa. El brazo del giróscopo estaba cerca y Thydiaya lo cogió con su mano libre, tirando de él con fuerza. El pivote que sostenía el aparato sobre la mesa giró rápido, dando el otro brazo justamente en el occipital de Gurk, que parpadeó aturdido. Vacilación que aprovechó ella para desprenderse y correr al ángulo de la cámara y empuñar valientemente el detector, cuyo orificio de disparo apuntó al pecho de Gurk cuando éste se volvió hacia ella.

—¡No se mueva o...! —gritó Thydiaya.

«Bien, Thydy», dijo Ranzy.

Y en voz alta, para que Phil le oyera, añadió:

—¡Ya tenemos a Gurk imposibilitado, Phil! Vamos a situarnos cerca de su nave... Thydy, ordena a Gurk que dé instrucciones a su gente para podernos acercar... Vamos en un cohete...

—¡Lo sé, Ranzy!... ¡Ven pronto, no sé si podré resistirlo!

—¡Allá voy, pequeña!

Thydiaya se encaró con Gurk, que la miraba bizqueando:

—Llama a tu ayudante y dile que permita acercarse a un pequeño cohete. Dile que trae un mensaje para ti, urgente. ¡Obedece o te mato!

El impostor comprendió por el brillo de los ojos de la muchacha que su vida peligraba y sintió miedo. Los cobardes siempre han sabido cuándo pueden recibir la muerte. ¡Y Gurk sabía que la menor vacilación le podría costar la vida! Con paso lento se encaminó a la puerta, pasándose la mano por el sudoroso rostro. Se asomó a ella, sintiendo siempre el arma de la muchacha apuntándole a la espalda, y dio unas rápidas instrucciones al edecán, que le miró de un modo raro.

—... abriremos la cámara de emergencia de popa. Los reactores magnéticos le atraerán... Pero dudo que pueda cruzar la barrera de nuestros navíos. ¡Ahí enfrente hay un infierno!

—¡Obedece, es importante!

Gurk estuvo a punto de decir que le iba la piel en ello, pero se calló.

Ranzy se dio cuenta que el ayudante de Gurk tenía razón. Le oyó decir estas últimas palabras en el cerebro de Thydiaya, pero delante de él, en toda la altura y la anchura del cielo negro-azulado, relampagueantes destellos de luz azul vivísima cruzaban el espacio en todas direcciones. También hacia ellos se dirigieron los mortíferos rayos cósmicos, disparados con furia por las astronaves marcianas. Pero Ranzy maniobró diestramente, apartándose de donde los navíos terráqueos volaban en todas direcciones.

Con la ayuda de la nueva flotilla de aparatos al mando de Gurk, la desventaja para los navíos del General Hitchok era patente, pese a la ferocidad empleada por los diestros soldados terráqueos, gente experta y mejor preparada que los sublevados de Gurk. Pero la cosa era dudosa para las armas de la Federación Universal, y Phil así se lo hizo notar a Ranzy.

—Tenemos a Gurk a nuestras órdenes... —dijo Ranzy, haciendo virar el pequeño cohete, evadiéndose de un posible y mortal rayo de luz—. Nos permitirán la entrada en su espacionave, y desde allí dirigiremos el fuego contra ellos mismos. ¡Si Thydy aguanta unos minutos, les copamos!

—Procura que podamos llegar a ellos... Esto es lo más importante.

Ranzy se orientó, al fin, y distinguió con los ojos la brillante nave espacial de Gurk. Se distinguía entre todas por su tamaño y por estar algo más rezagada que las demás, dirigiendo el fuego de sus cañones contra los bólidos terrestres que formaban la barrera frente a ellos. Ranzy evolucionó y dijo a Thydiaya:

—Ya os he visto, Thydy; mantén a éste a raya y que nos abran la compuerta. Voy a frenar y perder vuelo. Allá voy, porque ahora no nos disparan.

Phil dejó también su cañón, poniendo los nervios en tensión, en espera de la gran aventura. Tuvo una idea súbita, y desmontó la pequeña pieza artillera, taponando con un pedazo de cuero que arrancó de su asiento el orificio del cristal, que la misma presión acumulada de oxígeno dentro del cohete se cuidó de cerrar. En aquel momento Ranzy situaba el cohete cerca del navío de Gurk. Vio abrirse la compuerta de emergencia, pero no apartaba su mente de

Thydiaya, porque si esta cedía o era dominada por Gurk, todo el plan fracasaría.

Frenó con los suspensores retroactivos de propulsión nuclear y enfiló hacia el negro orificio de la brillante nave. Al cerrar completamente, sintió la atracción del potente aparato de atracción magnética situado dentro del hangar. Entró en él... En aquel momento, el ayudante de Gurk, que había sospechado lo que estaba ocurriendo en la cámara de su jefe, se asomó de repente y vio a la muchacha, deimosina apuntando a Gurk. Reaccionó rápidamente y desenfundó su pistola atómica para disparar contra ella.

Pero Thydiaya, y Ranzy también lo vieron —uno dentro de la otra— y el reflejo y la orden fueron instantáneas.

—¡Tira, Thydy! —le gritó Ranzy en el momento que el cohete quedaba quieto dentro de su hangar solitario:

La compuerta se cerró y los marcianos acudieron a recibir a los mensajeros, ignorando que en la cámara de su Alto Jefe se estaba desencadenando una batalla. Al salir Phil Axgur del cohete quedaron convencidos que todo iba bien, y gritaron:

—¡Bienvenido, coronel Axgur!

—¡Corramos, Phil; Thydy está en peligro! —gritó Ranzy, echando a correr por la pasarela que estaba invadida de oficiales marcianos, apartándolos a empujones. Phil corrió tras él, llevando en la mano el pesado cañón cosmo-atómico de diez milímetros.

Thydiaya volvió a disparar contra la puerta, y ésta quedó curvada y humeante frente a los dos soldados que la custodiaban. El edecán rodó con la cabeza disgregada de sus hombros, pero Gurk tuvo un gesto de temeridad, sabiéndose perdido, y, lanzándose de un salto sobre la muchacha, se estrellaron los dos contra el ángulo de la cámara y el cañón del detector mortífero se disparó hacia el techo; y junto a ellos, en el mismo momento del disparo, cayeron partículas de acero líquido al rojo vivo.

El puño de Gurk golpeó salvajemente el mentón de la muchacha y ella dobló la cabeza. Ranzy sintió el golpe, corriendo por el pasillo. De las manos de un sorprendido soldado arrebató un subfusil. El soldado gritó y rápidamente cundió la alarma entre los distintos departamentos del navío. Pero cuando empezaron a surgir soldados y oficiales de todas partes en dirección al pasillo central, donde Gurk tenía su cámara de mando, cerca del transmisor de ordenes donde estaba reunido el listado Mayor Militar, Phil Axgur, desde el otro extremo del pasillo, dejó oír su voz potentísima:

—¡Que nadie se mueva y los brazos en alto! ¡Armas al suelo!

Ranzy penetró por la destrozada puerta de la cámara de Gurk, apartando a varios hombres. Vio en una fracción de segundo a Thydiaya debatirse en el suelo y a Gurk levantando la culata del detector sobre su cabeza, para aplastársela.

Y vio el rostro de Thydiaya por primera vez en su vida, al natural, tal y

como era, sin pantalla y sin reflejos telepsíquicos. ¡Y sintió una admiración tan grande, que estuvo a punto de quedar petrificado! Pero gritó, ciego de ira:

—¡Quieto, Gurk; quieto o mueres!

Fuera, en el pasillo central, el rayo mortal del cañón de Phil trazó una línea recta, porque el grupo de oficiales del Estado Mayor quiso resistirse, y sus cuerpos se retorcieron convulsos por el suelo, despidiendo rojas llamaradas y un fortísimo hedor a carne quemada. Luego, todo el mundo quedó quieto, con los brazos en alto.

Gurk quedó con la culata del detector en alto y volvió lentamente el rostro hacia el nuevo enemigo. Sus ojos se cruzaron con los de Ranzy y se incorporó despacio. El subfusil del joven ingeniero estaba en línea recta con su pecho. Thydiaya también se levantó y corrió, impulsivamente, a refugiarse en brazos de su cerebro hermano —que, a partir de aquel momento, era corazón también —, estando a punto de que Ranzy perdiera el equilibrio, movimiento que aprovechó Gurk para recoger, arrojándose al suelo, el abandonado detector y apuntar velocísimo a la pareja.

Pero no llegó a disparar. Alguien, desde la puerta, arrojó una cápsula de cristal, del tamaño de una lámpara corriente, conteniendo un activo gas narcótico, y Gurk, que estaba más dentro de la cámara, al inhalarlo dejó caer el detector, doblándose sobre sí mismo. Ranzy y Thydiaya corrieron hacia la puerta, tropezando con la doctora Kuh-na, que era la que había arrojado la cápsula.

Desde el pasillo vieron a Phil con su cañón en brazos, doblado sobre el vientre por el peso, que les gritó:

—¡Esto es nuestro, Ranzy! ¡Viva Thydiaya!... Dejé entrar a esa mujer porque soy psicólogo, además de que no he disparado jamás sobre una representante del sexo débil... ¡Pero, diablos, Ranzy! ¿Eso que tienes en los brazos es una mujer o una diosa?

* * *

Con la pérdida de la astronave capitana y los mensajes que radió acto seguido Ranzy a toda la flotilla marciana, las fuerzas del General Hitchok lograron ganar la batalla más grande que se conoció en aquellas regiones del espacio, apoderándose de gran número de rebeldes. Pero el golpe verdaderamente teatral lo dio el propio Phil Axgur, presentándose al día siguiente en la base militar de Elíseo conduciendo la gran astronave capitana y al propio Gurk prisionero, así como a todo su Estado Mayor. El general Hitchok en persona salió al campo a contemplar la escena.

Gurk fue conducido a prisión para ser después traslado a la Tierra, así como todos los oficiales de su ejército, excepto la doctora Kuh-na, para la que Thydiaya pidió a Phil la libertad, que le fue concedida.

Luego de reponerse de aquella agitada aventura, Phil partió para la Tierra, envidioso de la felicidad de Ranzy, para reunirse con su amada Miria,

escoltando a los prisioneros de Gurk, mientras Ranzy y Thydiaya, sumidos en un continuo éxtasis, paseaban día y noche por la populosa, gigantesca y modernísima ciudad marciana de Elíseo.

Al llegar Phil a la Tierra fue duramente censurado por el propio Presidente por haber permitido que la astronave, que conducía doscientos reclutas de la Tierra, fuera destrozada. Pero, por otra parte, le fue conferido el ascenso a general del servicio secreto. No obstante, con el pretexto de su boda, Phil pidió un año de permiso, que el Presidente le concedió gustoso, sintiendo mucho que los altos deberes de su cargo le impidiesen asistir a ella.

La boda se celebró en breve.

Cuando esto ocurrió, en Marte se recibió un espacio-grama. Lo firmaban Yhashada-Ioda, Otto von Richdergt, Miria y Phil Axgur. Decía así: «Boda Miria-Phil, venid pronto. Se acabó el idilio; hemos de seguir trabajando. Éxito experiencia comunicado todo Universo; hindú haber trasladado residencia invadida suya propia por telegramas. Stop. Besos y abrazos. Stop. Queremos conocer personalmente Thydiaya».

Ese era el alegre texto.

Y la feliz pareja, riendo, emprendieron el vuelo hacia la lejana patria de Ranzy, unidos por lazos más estrechos que los del amor, convirtiendo aquel regreso en un mundo de fieles promesas.

Sus vidas siempre estarían unidas.

Y cuando más de cien reporteros y operadores de la televisión mundial penetraron en la espacionave que acababa de aterrizar en la base de Berlín, atropellándose para retransmitir a todas las pantallas del mundo a los dos personajes más famosos de la actualidad, conocidos por los «Cerebros-gemelos», cien millones de pantallas reflejaron al abrirse la puerta del camarote a Ranzy y a Thydiaya, unidos por un estrecho abrazo, besándose apasionadamente.

Miria y Phil contemplaron esta escena, pero la muchacha había superado ya su crisis y amaba a su valeroso marido.

—¡Bravo, Ranzy! —gritaron los dos al unísono.



¿Qué trampa mortal se tendía a cuantos intentaban aclarar el misterio de los asteroides?

Trampa en los asteroides

Todo el cálculo frío y egoísta de un hombre cegado por la ambición.

Trampa en los asteroides

Pero una vez más brillaría la justicia y un camino de paz y prosperidad quedaría marcado para siempre.

Nuestro conocido autor H. S. THELS les brinda un relato interesante, ameno y altamente sugestivo.

COLECCION

DOCUMENTALES – DEL MUNDO



¡ENTÉRESE USTED, EN FORMA AMENA Y AGRÁDABLE, DEL VERDADERO, CÓMO Y PORQUÉ DE LOS GRANDES ACONTECIMIENTOS MUNDÍALES!

SEPA USTED EXPONER LOS AUTENTICOS MOTIVOS DE TAN IMPORTAN-TES SÚCESOS CUANDO HABLE DE ELLO CON SUS AMISTADES.

¡HE AHÍ TRES MAGNÍFICOS LIBROS!

El Japón en la era americana
Por EDMUND W. EALLOT

¡Los frutos de la labor americana ante un país milenario!

Alemania, hora cero
por WALTER O. KNIITEL,

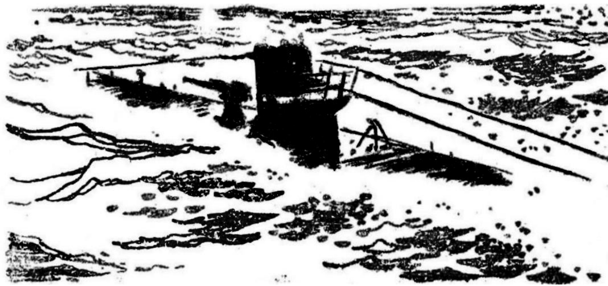
¡La verdad sobre la caída y resurgimiento de los alemanes!

Formosa, las tentaciones de la guerra
Por FERNAND GIG0N

¡El último reducto de Chiang-Kai-Chek, frente a unos poderosos, intereses!

¡MAS DE 200 PAGINAS CADA VOLUMEN, DE ELLAS 40 DE FOTOGRAFÍAS EN PAPEL CUCHÉ. FORMATO 18x24, ESPLÉDIDAMENTE PRESENTADOS, CON SOBRECUBIERTAS EN COLOR!

¡Una Joya para su biblioteca! Por sólo 50 pesetas ejemplar

 Bajo la lluvia destructora de las mortíferas armas modernas…

Surcando el cielo en los modernos aviones; buceando con los más atrevidos ingenios las procelosas aguas de los mares…

Aguardando la muerte en el fondo embarrado en una trinchera…

EL HOMBRE CONSERVA TODAVÍA EN SU ALMA LA FLOR INMARCESIBLE DE LA ABNEGACIÓN, DE LA INTEGRIDAD, DEL AMOR A LA PATRIA Y DEL SENTIDO DEL DEBER.

Colección
HAZAÑAS BĖLICAS

Le ofrece los más emocionantes relatos llenos de VERISMO, INTRIGA Y VIOLENCIA, pero…

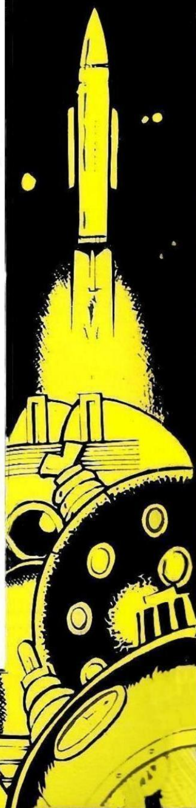
SUS PROTAGONISTAS, HUMANOS, DECIDIDOS Y VALEROSOS, LUCHAN SIEMPRE AL SERVICIO DEL BIEN, EN DEFENSA DEL OPRIMIDO Y CON LA ESPERANZA DE UN MUNDO MEJOR.

Colección
HAZAÑAS BĖLICAS

Narraciones de avasalladora y palpitante actualidad que usted leerá emocionado y con el ánimo en suspenso.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

1. — Justicia robótica. — *Clark Carrados*
2. — La llegada de los «Zetas». — *Law Space*
3. — La nueva era. — *Clark Carrados*
4. — Guerra de satélites. — *H. S. Thels.*
5. — El «robot» Espartaco. — *Sylvester Strange*
6. — El hombre de Júpiter. — *H. S. Thels*
7. — Maquiavelo artificial. — *Clark Carrados*
8. — «Zero». — *Johnny Garland*
9. — Huida al pasado. — *Law Space*
10. — Vikingo del Cosmos. — *Clark Carrados*
11. — ¡Cuidado, terrestres!. — *Tom Argo*
12. — Solo un planeta. — *Clark Carrados*
13. — Venganza Cósmica — *Law Space*
14. — «Homo mechanicus». — *Clark Carrados*
15. — «Los visitantes». — *Johnny Garland*
16. — Raza de señores. — *Clark Carrados*
17. — Robinson estelar. — *H. S. Thels*
18. — La fortaleza negra. — *Clark Carrados*
19. — Las ratas. — *H. S. Thels*
20. — Metamorfosis. — *Law Space*
21. — La agonía de los mundos. — *Johnny Garland*
22. — El planeta maldito. — *Law Space*
23. — «Los satánicos». — *Tom Argo*
24. — Pantropia. — *H. S. Thels*
25. — ¡Manda Titán!. — *Law Space*
26. — La sed del átomo. — *Clark Carrados*
27. — La doble batalla. — *Clark Carrados*
28. — Guerra a los termófagos. — *H. S. Thels*
29. — Jinete en el cielo. — *Clark Carrados*
30. — Dimensión imposible. — *Law Space*
31. — Conquistarás la Tierra. — *Clark Carrados*

Escena de INFIERNO EN LAS NUBES,
de Radio Films, S.A.E.

Precio en España: **6.—ptas.** En Argentina: 5,50 **pesos**